

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 6 de Junio

No. 11

Año XXIII — No. 939

Sumario:

Una sombra errante y su canción	Carlos García Prada	La voz del Espíritu y del saber	
Acuarimántima	Porfirio Barba-Jacob	Acotación	Pedro Mendoza Bruce
A Porfirio Barba-Jacob	Carlos Luis Sáenz	Concurso literario nacional	
Simbad		El concurso literario sobre Morazán	Alfredo Trejo Castillo
Ejercicios	Hilda Chen Apuy	Jules Romain y Stefan Zweig	Guillermo Jiménez
Acerca del centroamericanismo	Ricardo Carballo M.	Noticia de libros	
Libros vasconcelianos	Benjamín Jarnés	Esquiva	Antonio Urbano M.
El Gobierno de Chile sigue dándonos su honroso apoyo		De la Vida y de la Muerte (XIII)	Lorenzo Vives
La amistad de Frank y Mariátegui	Antonio Gallo	Era verdad, porque lo dijo el Usurero	Francisco Luarca
La cita con el destino	Julio Jiménez Rueda	Vieja tonada	J. J. Salas Pérez
		Una mujer	Roberto Fernández Durán

Una sombra errante y su canción

Por CARLOS GARCÍA PRADA
(Universidad de Washington)

(En el Rep. Amer.)

"El hombre es un ser temporal y contingente lanzado entre dos nadas".—Heidegger.

"El ideal gusta de viajar".—Barba-Jacob.

Acerca de Porfirio Barba Jacob se han formado muchas leyendas. La más conocida la describió Rafael Arévalo Martínez en su maravillosa novelita, *El hombre que parecía un caballo*, y la más impresionante la reveló el poeta mismo al definirse con orgullo como el Ahasverus de la poesía americana.

¡Atrevida y precisa definición!

Ahasverus—héroe del trágico mito del Amor y la Expiación—fué condenado a padecer y a sudar sangre por haber injuriado a Jesús, en su camino del Calvario, y anda sin descanso, entre sombras y abrojos, y queriendo herir al Cielo con sus alaridos, u ofenderlo con sus blasfemias.

Como su paradigma, el poeta colombiano fué por el mundo, lleno de dudas y zozobras, de anhelos, y dolores y miserias, sediento como un fauno entre las azucenas del Evangelio, llena el alma de una amarga y honda tristeza que le goteaba de los ojos como de una gruta asombrosa y milenaria. Su sed y su hambre—que eran más del alma que del cuerpo—, debieron de calmarse al morir, abrazado a un Cristo, y evocando melancólicamente el recuerdo de su Colombia natal a quien amó con devoción que ella sólo ahora comenzará a reconocer.

¿Leyenda?

No todo será leyenda—y bien lo apuntó Rafael Maya—pues el poeta de la *Canción de la vida profunda* vivió intensamente y mordió en muchos climas la manzana de varias formas y colores que guarda la ceniza de las ciudades castigadas.

El poeta Barba Jacob es la sombra de un símbolo, y como tal, y en sus canciones, seguirá su marcha atormentada y sin rumbo por los ámbitos de América.

Miguel Angel Osorio—Barba Jacob—descendía de una raza aquilina y milenaria, y vivió bajo el hechizo de la Dama de los Cabellos Ardientes.

Nació en un hogar que contaba con más de ciento, entre hijos y nietos, y que presidía su abuela, mujer santa que despertó en su alma—dijo él—"un grande amor a la vaga poesía del mundo". Pero el niño Miguel Angel, "tan raro y tan amante", no gustaba del hogar ni



Porfirio Barba-Jacob

(Cuando se llamaba Ricardo Arenales)

de la escuela, y prefería irse por los campos llenos de brisas, aromas y susurros, y de luces armoniosas... Aquello sucedía en Santa Rosa de Osos—quieta y blanca villa de su "Antioquía israelita, entraña de Colombia y ninfa melódica de (su) ideal América"—, donde la salud, la inteligencia y la esperanza "son como flores caídas del manto de Jesucristo".

Cuando tenía diez y seis años, Miguel Angel Osorio fué reclutado por el gobierno conservador de Colombia, e hizo campañas militares, sin disparar ni un tiro ni presenciar el horror de una batalla. Después—muerta su abuelita—entró en "la Real Universidad del Mundo" y recibió "el honor de sus borlas"... Dejó para siempre el hogar, se fué río abajo, hacia el mar, y como "resplandecía de ignorancia", leyó a los clásicos—que le daban el sentido de la forma, ya que no el de la libertad—, y también a los autores finiseculares, y muy especialmente a Guyau, Nietzsche, Marx, Darío, Silva y Valencia, en quienes hallaba el fulgor del "alma

moderna, de temblorosa inquietud, matinal y nostálgica, y anhelosa en América, de bien y justicia, por amor estético".

La alta tónica de su espíritu—decía—era la idea de que *vivir es esforzarse*. La traía de su Antioquía, junto con una inocencia que, "como cendal de albura", cubría "la chispa madre de (sus) futuros incendios"... Y se dió a viajar, por los países del Mar de las Antillas—galano, sonoro, pegajoso, irisado de diamantes, y opulento de ondas y de olas—, que le inspiró un misticismo de enigmática esencia, sensual y rencoroso, y ardido de invencible e "indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una sublime locura del alma".

¡La diáspora de su raza, viva en él, y apremiante!

Hambreado a veces, y combatido, el poeta tuvo que ganarse el pan vendiendo su pluma al periodismo político, y se adentró en el tumulto de la vida, "dichoso en el peligro", y levantando sus "ideales de hombre como antorcha, ebrio, el oído atento a la cántiga de las sirenas"...

En México, en Cuba, en Guatemala, vió "las más negras simas del alma y de la vida social". Se asoció con efebos, mujercuelas, hampones y vagos y anarquistas. Conoció los horrores y los deleites del vicio. Palpó las cosas, y se dió cuenta de que en ellas se manifiesta la tragedia universal que hiere y conturba al espíritu. Las palpó—"espuma en nuestras manos"—y las halló cautivas, igual que los hombres, y tal y como si fuesen nada más que "la veste de un Pensamiento Perdido... en la ilusoria sucesión del Tiempo y del Espacio".

Era entonces el Ricardo Arenales y el Maín Jiménez de la juventud, de soldados cabaleros que acariciaban la ilusión de hallar el Buen Camino, perdidas ya y humilladas la sencillez y la inocencia de la niñez elemental. ¿Cómo lograrlo si Arenales y Maín llevaban en sí mismos "el gusano letal de la concupiscencia", y el amor se les hacía llama melancólica en sus carnes, y eco lúgubre en sus cisternas? Maín y Arenales murieron. ¡Tenían que morir!

Por tercera vez el poeta se mudó de nombre, por ver de perfeccionar el viejo anhelo de redención, no ya por el "amor", sino por la virtud del canto y por la inteligente y esperanzada contemplación de una *Acuarimántima* azulina y lejana... ¿Se encontró a sí mismo Porfirio Barba-Jacob?

Para 1929, el poeta se creía ser "uno de los hombres que más gozan de su soledad"; proclamó que era "un pagano de la Roma decadente", y afirmó que en su poesía planteaba "el duelo inenarrable de la materia con el espíritu", y que por eso la llenaba de temblores y de gritos de "una alma desolada ante la inanidad de todo". Incrédulo, quería refugiarse en la belleza—"dádiva que compensa de los dolores del pensamiento"—, pero veía que más allá de ella se extiende siempre "una negrura sin límites".

Y como buen profeta, concluyó:

"Envejeceré en el noble ejercicio de la lira, y en el campo amargo de un trabajo sin idealidad. Se me rechazará al fin de los periódicos. Iré a los hospitales como Verlaine. Después un viento... un viento... un viento!... y en ese viento mi alarido!..."

Y hace pocos días, el poeta murió abrazado a un Cristo, y evocando melancólicamente el recuerdo de su lejana Colombia, su tierra natal, lejana y azulada.

Imaginando que Iberoamérica "vive en una Edad Media sin religión", y anunciando que sus poetas deben perseguir un ideal continental y aunar sus esfuerzos por lograr una vida honda, pura, espiritual, que haga de esa América "un milagro eterno de ternura, de paz, de melodía", Barba Jacob cultivó el verso con seriedad de ungido, deseoso de dar su propio trigo, y seguro de que en éste tiembla la savia de los campos del Nuevo Mundo de Colón.

Los iberoamericanos—dijo—traemos una noción universal de la armonía como principio estático: incorporando en ella nuestro dolor, hagámosla dinámica.

Los elementos de las melodías más variadas, y aun más originales, están en los clásicos: conquistemos para ellas la ondulate, la vágula y selvática y marina libertad.

La limpidez del lenguaje—aun para expresar lo turbio y lo vago—acusa excelencia y sabia exquisitez; démosle fulgores de gemas seculares.

La poesía no es discurso lógico: vamos a crear la muestra acogiendo las tinieblas que nos envuelven, la iracundia de la vida, el soplo de pavor que viene de más allá de la Muerte, y "resolvamos tanta negrura en la fulgencia indeclinable del ideal artístico que si es ideal, ha de ser amor humano que nos sostenga cuando se levante el huracán de la vida".

Eso les aconsejó Barba Jacob a los iberoamericanos, y eso es precisamente lo que hallamos en la poesía de él—expresión de una ánima errante que, al destacarse sobre el fondo oscuro de su extraviada existencia terrenal, fulge cual pávida sombra blanca, herida en el misterio y salpicada de sangre, y que, al hacerse canto inmortal se diluye en puras medías.

Todo lo que el arte malsano, refinado y ex-

quisito puede dar en sabiduría y pureza está en los versos de este atormentado poeta que quiso convertir el fango en rutilos diamantes temblorosos, y cuyo acento, semejante al de algunos de los grandes profetas bíblicos, como Jeremías, es humano y celestial, angustiado, estremecido y seductor.

Se ha dicho que Barba Jacob fué un profesor de música interior capaz de concertar ideas o emociones sobre la pauta de ritmos iniciales y profundos. En verdad, Barba Jacob admiró, más que el tumulto de la Historia, el poder de expresar justa, sabia y musicalmente sus penas y recuerdos, sus locas alegrías, sus ternuras y tristezas y esperanzas, y logró a veces la estrofa del lamento perfecto—trémolo de viejo caracol donde la vida tiene ya el ritmo, ya el dolor, ya el ardimiento de un mar efervescente que alumbran fuegos ponentinos...

La rima y las consonancias atormentaban a este poeta que quiso darle a su verso un acento personal lleno de hechizo y de dignidad, y poner en él un óleo melódico invisible y un arcano sentido del amor... Para lograr su empeño ascendió de las simas a las estrellas, tras la celeste poesía trascendental; buscó pautas arcaicas, primordiales; amasó las palabras con ricas esencias—mirra, nardo, incienso, canela de Oriente—y les infundió ora un aliento agónico y luciferino, ora el suspiro de Dios!... De ahí que sus versos—fúlgidos y oleosos—se hallan sacudidos por el temblor del Misterio, y parecen estar cargados de electricidad: oírlos es como oír la voz de la mujer en celo: es tan intensa y ondulate su melodía, que hace temblar y causa embriaguez. El mayor en-

canto de sus poemas reside en un aspecto insólito en la poesía castellana: bajo la castidad insospechable de la frase, como bajo el peplo de la bacante rubendariana, palpita el desfreno de los sentidos con urgencias sutilísimas e irresistibles, que se sienten aunque no llegan a deformar la sabia melodía noble y original.

En su juventud no buscó Barba Jacob consuelo alguno superior, y gustó de torturarse a sí mismo, como serpiente herida que se enroscas y muerde la cola. Tenía, sí, una naturaleza de diamante, y amaba el Mar, "que todo lo comprende en su vaivén". Vivió angustiado, creyendo que nada hay grande sino la Muerte—"¡un tajo silencioso!"—, sin perder la esperanza que llevaba en su escarcela roja... Por eso afirmó que, cuando más arrecia de la Muerte el huracán, "más crepita y fulge la antorcha de la Vida".

Interrogó al Destino, y no halládoles respuesta a sus preguntas, afirmó que su único saber—"ley ondulate, ciencia que alucina"—era el anhelo de amar, "mariposa que vuela de la carne humana", y que da siempre al viento su libre canción oleosa y fúlgida.

Envejecido, enfermo, pobre, desolado, Porfirio Barba Jacob—en la ciudad de México, teatro de muchos de sus triunfos de hombre y escritor—murió abrazado a un Cristo, recordando a su Antioquía tan querida, y elevando sin duda la mirada febril a su *Acuarimántima* de ensueño, azulina y lejana—ciudad de bien, fastuosa, legendaria, de esfuerzo, de amor y melodía, de melodía, de meditación y de ple-garia silenciosa...

Acuarimántima... Más allá del Mar!

Acuarimántima

De PORFIRIO BARBA-JACOB

(De la obra *Rosas negras*. Guatemala, 1933).

1

*Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarme en la virtud del canto.
Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vió, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.*

¡Armonía! ¡O profunda, oh abscondita Ar-
[monía!]

*Y velaré mi arduo pensamiento
sotto il velame degli versi strani,
fastuoso, de pompas seculares,
perfecta en sí la estrofa del lamento
y a impulsos de los ritmos estelares.*

*Columpia el mar su cauda nacarina,
e imbuída en la clámide del río,
esplende en bruma fúlgida la carne de la ondina.
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,
una deidad inflama las horas con su llama,
y loa el día azul un coro de donceles.*

*Romero: ¿no rebosa el corazón,
por la tierra de arrugas trabajadas,
por la noche de sombras evocadas,
del tiempo y el espacio la múltiple ilusión?*

*Brilla en las lejanías invioladas
vaga ciudad, ea viento dá en los juncos,
los juncos gimen bajo el viento tudo...
¡Romero, que se vierta el corazón!
Y la ternura y la tristeza mía
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!*

*Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,
yo, Rey del reino vacuo de las rimas,
con mis canciones ebrias
que un són nocturno hechiza,
y con mis voces pávidas,
anuncio las cavernas del Enigma.
En mis siete dolores primarios se resume,
como en alejandrino paradigma,
la escala de dolor que el Mal asume.*

Tenebrosa, recóndita Armonía...

*Mi Numen, fuerte, no es aquel tan puro
como el cerrado corazón del monte;
pero sobre sus ruinas de inocencias
haré brillar, ebrio del dolor puro,
esta gota de luz del corazón del monte.*

2

*En libre vuelo, el cielo de mi América
hender he visto un cóndor negro, errante...
¿Qué abismo circunscribe, qué intacta nieve
[augura?]*

*Por las arterias de los ciervos montesinos
discurre para el cóndor la sangre enardecida,
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.
¡La presa viva! ¡el pico ensangrentado!
¡el ala pronta! ¡el ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas...*

EDITORIAL LOSADA

(Alsina 1131. Buenos Aires, Rep. Argentina)

Los últimos libros publicados:

Manuel Gálvez: *Hombres en soledad*.
Novela. Precio en m|arg.: \$2.00.

Francisco Luis Bernárdez: *Poemas elementales*. En la colección "Poetas de España y América", dirigida por Amado Alonso. Precio en m|arg.: \$ 2.50.

Emil Ludwig: *Bolívar*. Caballero de la Gloria y de la Libertad. Traducción de Enrique Planchart. Obra escrita por orden del Gobierno de Venezuela. En la serie: "Biografías históricas y novelescas". Precio en m|arg.: \$ 6.00.

En la librería de Trejos Hnos. en esta ciudad, consigue estas obras.

Los precios señalados son en moneda nacional argentina

Así mi impulso al aura de la vida,
y así mi musa a su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico.
¡Bestia de los demonios poseída,
oh carne! es hora ya del don eucarístico...

Cintila el cielo en gajos de luceros,
y quetubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro
delante de los pórticos sagrados;
alguien canta mi canto en la distancia;
brotan dulces jardines los collados
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,
rima errante en la noche de pavora,
huerto a la luz de Vesper. ¿En olvido
mi sér se muere, mi canción no dura,
y fuí no más que un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
yo soy Tú, que por leyes ominosas,
cual vano mimbre que meció una espiga
te haces nada en el polvo de la cosas...

¿Y la divina psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores, que irisé de lágrimas?
¿Y mi ciudad neblúea tras la ilusión del día?
¿Y mis antorchas que erigí de emblema?
¿Y esta quietud, y este ímpetu anhelante
hacia una ley o una verdad suprema?

Peso sobre tus pétalos ¡oh Rosa
Espiritual! tan lúgubre y cerrada
la noche, tan vacía y rencorosa,
que en vano el brillo de tu broche efunde.
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada...

¡Nada, nada por siempre! Y merecía
mi Alma, por los dioses engañada,
la Verdad, y la Ley, y la Armonía...
Sé digna de este horror y de esta nada,
y activa y valerosa ¡oh Alma mía!

3

Como en la vaguedad de un espejismo:
—¿qué sabes?— mi conciencia me interroga,
fluída en llanto entre mi propio abismo.

Y miro al mar ardiente, al monte flavo
que suaviza el azul, la estrella límpida
rielando en el rocío del capullo;
y, en sus cunas, los cándidos infantes,
cazados con las redes del arullo
por el Sueño, de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón:
—¿qué sabes?— vanamente me interrogo,
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondido claro y justo:
llévole como antorcha y como daga
en medio del cerrado laberinto;
en su vasta amplitud mi fe naufraga
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, roncros lamentos,
y alzan sus puños en el vacío
los Pensamientos.

¡Oh, menguado saber, pobre riqueza
de formas en imágenes trocadas,
ley ondeante, ciencia que alucina,
que cada noche en el silencio empieza
y cada día con el sol culmina!

¡Oh, menguado saber de la iracunda
vida, que ante mis ojos se renueva,
germinal y cruel, ciega y profunda;
madre de los mil partos y el misterio
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo
circunscribe, se entreabren los sentidos.
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,
la leve mariposa del anhelo
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana
la dulzura estival: la mariposa
vuela del fondo de la carne humana.

Que al claro cielo
suba el anhelo...

Por ese vuelo, la heredad natía
canté con rima de ideal retorno,
en la ingenua parábola temprana.
En el turquí del éter desleía
una nácar tenue mi primer mañana.

Por eso anhelo, entre los acres pinos
y las rosas en llamas del ocaso,
al hablar dejo la palabra trunca.
El tiempo es breve y el vigor escaso,
y la Amada ideal no vino nunca.

Por eso anhelo en rimas balbucientes
canto el rojo camino que a la tarde
se pinta en la montaña evocadora—
o a la vívida luz del sol temprano—
como una obsesión conturbadora
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin, y por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura,—
¡puesto que está la estrella vespertina
sobre el horror de esta prisión obscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,
y en ustorios relámpagos de espejos
esplende en bruma fúlgida la carne de la on-
y fulge Acuarimántima a lo lejos... [dina,

4

Yo descendí de la antioqueña cumbre,
el alma en paz y el corazón en lumbré,
de austera estirpe que el honor decora,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fui, viajero de nivoso monte,
y umbría roza de maíz, al valle
que dá a la luz su fruta entre su llama,
y había miel de filtros de zinzonte
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar, divino, a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo... y la embriaguez ignota
de no sé cuál sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y armonía
y de meditación y de plegaria;
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalem de poesía.

Y como los cruzados medioevales
ceñime al torso fúlgida coraza

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus
vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada
en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA
BIEN ATENDIDO

50 varas al Sur de la Cantina Chelles,
Paseo de los Estudiantes

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Te-
atro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al
Teatro ASTRAL. — 5

y fuíme en pos de la ciudad cautiva,
burlando la guadaña de la muerte,
y la fortuna a mi querer esquiva.

La ondulante odisea rememoro
con amor y dolor... Un linde vago,
de súbito sangriento, ya cetrino...
Un buque, un muelle, un joven noctivago...
y el tono de la voz y el pan marcino...

La maravilla clara y transparente
de las noches de junio por la hondura
de un huerto viola, en ácidos alcoves;
y allí la levadura de unos cantos
hecha de mezquindad, y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido
y oloroso y ritual y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
y un dulzor en los besos diluido,
y un no sé qué, que túrbame el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto
e incommovible; y la infantina huraña
que era el postrer jazmín que daba un huerto...
Me figuro las luces de sus ojos
como dos cirios de un cariño muerto.

Y el arduo afán en el impulso vario
para resolver el canto en melodía...
Derrame un ruiñeñor en el himnario
toda la miel del día.
Silencios de armonía.
Un rumor milenarío,
y la luz de tu lámpara ¡oh Sophia!

(Húmedos los cabellos —cristalinos caireles
de agua —y sol— aún ondulan fantásticas on-
(diras;

pero danza en la luz un coro de donceles,
en la playa, al influjo de las sales marinas...)

5

Turbaban mi conciencia en el precario
vivir, el ala inquieta, el viento vario,
fantasmas familiares,
misterios presentidos,
amores y cantares
de jóvenes floridos,

Distinguida y fina
es siempre la Cerveza GAMBRINUS

el mar, la vela, el día en el Aquario...
Y la melíflua vocación interna
de la lira, y en raptos doloridos
"ser yo" — "no ser" — en rotación alterna.

Y, árbol en plenitud, hundió mi Alma
su raíz en el légamo de Muerte
que nutre las corolas de la vida,
y dió el perfume infuso de su ramaje.
Vuela el perfume,
mas se consume;
vespertino celaje
pide al éter sutil
que lo asume,
y en el raudal fluído de las lunas de abril
hace el viaje
y se consume.

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,
del amor, y el impulso, y el anhelo!
No un dios pagano—pero sí su rastro...
No el himno divo—pero sí el suspiro...
No un templo—mas el plinto de alabastro...
y una sensualidad de antiguo giro...

6

Y fui después fantasma transitorio,
sombra y canción en la embriagante tierra,
un sino raro y un deleite raro...
Ya el crepúsculo estuvo el día cierra
y lejos brilla un tembloroso faro.

La Dama de cabellos encendidos
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.

Y una inquietud frenética y gozosa
mi paz, mi sueño, mi vigor consume,
y un huracán mi plenitud doblega.
¡Soy esa sombra que cruzó el camino
en sangre tinta, de lujuria ciega!

Soy esa sombra pávida, cautiva
de un gran misterio en el Misterio oculto.
Hiende la flora azul pata lasciva
de cabrón negro—y el divino himnario
sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco,
en el turbión del vicio la sepulto.
Soy huésped de garitos y tabernas:
disputo al "puede ser" un pan ingrato;
y dejo que mi carne, ruín loba,
de lúgubres anhelos arrecida,
se me abandone al logro del deleite,
desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiate la clara inteligencia;
la idea afluye en nieblas ondulares;
es el goce monótona frecuencia,
igual en el deliquio y el suspiro...
¡Dadme un beso, un contacto y una esencia—
una sensualidad—de nuevo giro!

7

Y mi mano sacrílega se tiñe
de tu sangre ¡oh Imali! ¡oh virgen mía!

En San Juan de Puerto Rico
consigue Ud. la suscripción a
este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En Caracas, la consigue con:

Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.

SI usted necesita un libro que no tengamos se lo pediremos inmediatamente. Estamos en conexión directa con los mejores distribuidores y editoriales del mundo.



SAN JOSE

COSTA RICA

Mas no fué mi ternura... fué un ardor...
Si de nuevo a mis ojos resurrecta
te pudiera matar, te mataría.
¿Ya ves, oh Imali, que no fué mi amor?

Gozoso aún y pávido y tremente,
huí a la sombra, la certada sombra
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
Ante el cadáver lívido—¡sin blandones, sin
todo estaba sangriento. [túmulo!
("Asesino"—"Asesino"—susurraba y se iba el [viento.)

En los prados del monte fueron crimen mis [huellas.

Como vírgenes desoladas
me bañaron de llanto, las estrellas.
En las playas de luz mojadas
dí un alarido al ver que el mar hervía;
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensangrentó la sangre horrible del alba del [día.

"Asesino"—"Asesino"—susurraba y se iba el [viento.

...Y los pastores me negarían sus cabañas.
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.
La vida es mi enemigo violento,
y el amor, mi enemigo sanguinario...
¿Y a qué tu sombra, oh noche de pávido tor- [mento,
si en mí mismo se alzaba el tenebrario?

Sangró mi Alma en íntimas pasiones
de cristos coronados de congojas:
el Amor, el Pudor, entre sayones...
¡Fuí rosa negra de mil rosas rojas,
lujuria, en tus letales floraciones!

Pedí al Azul en mi dolor heroico
el misterio caudal de sus estrellas,
y estuve opreso por las lumbres de ellas
del hilo de oro del collar del día;
y un anhelar de espacios dió sus alas
a mi desconcertada poesía.

A través de las gotas de mis lágrimas—
vago sueño—sus brumas deshacia—
vago sueño—mi vaga Acuarimántima.

8

Retorno de tal suerte hacia la playa,
realizado mi afán. La tierra invoca
su ley, que mis empeños desvirtúa;
oigo el grito del mar que me penetra,
y el hambre de la vida me extenúa.

¡El mar! ¡el mar! ¡el mar, ambiguo y fuerte!
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio

en astillas de mástiles fallidos...
Ráfagas de misterio...
Monstruos desconocidos...

¿No brilla entre la niebla Acuarimántima?
¿No se oye limpia, trémula canción
sonar, aletargar el corazón
y pasar?

No se oye nada...
Silencio y sombra ¡oh soplo de lo arcano!
La luz mentira... la canción mentira...
Sólo el rumor de un vago viento vano
volando en los velámenes espira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.
Retumba en mi recuerdo mi alarido,
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.
El trágico dolor ha concluído.
Yo soy Maín, el héroe del poema...

Esplende el cielo en gajos de luceros,
y querubens de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras
tan llenas de tu impulso matutino
y tu fe sideral, oh campesino
que cruzas con tus carros rechinantes.
En tu ilusión, un hálito divino
te puebla de luceros los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura
y valerosos amor, en toda cosa
el Enigma, el Enigma inviolado.
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,
¡oh carne! y tú destilas el pecado,
y... y...

¡El Enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora
que brilla el mar, que el monte se estremece,
que fulge Sirio en el jardín lejano,
y que al frustrarse el giro de mi vida,
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira... la canción mentira...

Que fui por los instintos inmolado
ante el ara de un dios; que un viento frío
de lóbrego misterio he suscitado;
que un dolor nuevo está en el plectro mío,
y el plectro, en el dolor, magnificado.

...Lúgubre viento sopla entre los juncos;
los juncos gimen bajo el viento rudo.
Cantan en el crepúsculo.

y 9

Honda, inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna,
se tiende hasta el límite horizonte,
y a la tristeza vespertal se aduna
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo
y un ledo són de esquilas
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
o cual vágulo aroma en la memoria;
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo... ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más —y el no ser menos nunca
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,
mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino,
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía
¡y mía! —¡mía, mía!—
mi nebuléa, azulina Acuarimántima...

¡Armonía! ¡Armonía!

A Porfirio Barba Jacob

(En el Rep. Amer.)

Una noche, en Acuario diamantino,
a tu éxodo de pez, delfín del aire,
hecha gala de azul, te dió camino
a la perennidad de lo inmutable.
Por el azul camino,
que lo es y que no lo es, asciende
hacia el brillante Acuario
tu silueta de extraño penitente,
con doble luz de Edén y de Calvario.
Corcel de las fragancias,
con sed de conquistar la última rosa
de un sueño leve, de la clara infancia,
subes,
entre cárdenas nubes
de herrumbres de belleza extraordinaria,
chafando las corolas sensitivas
del jardín de las Vírgenes Prudentes.
Oigo el eco
de la carrera loca por túneles de asombro:
como hontanar manante
en cuya fluída plata se pulsara
un triunfo del amor en cada uno
de sus breves diamantes;
el eco solo,
más allá de las Pléyades de oro.
Te oigo después,
delfín ardiente de embrujado giro
en rebalsadas aguas de ternura,
en torno de la estrella del suspiro
deslizado en temblores de ventura:
bajo la centenaria ceiba,
en día agonizante,
la Virgen de tu constante epifanía;
tu música en las cuerdas de su lira,
en noche ya de salvias y cipreses,
es arrullo satánico o son preces
que van desde el ardor, al ¡ay! de la agonía.

Sendas oscuras entre selvas bravas
corres, tras los placeres malditos;
¡lluvias de pétalos de fuego
te dan las rosas negras de Citeres!
Brillantes purpurinas
entrégante secretos inviolados;
pero es amargo, al alba que florece,
el avernario vino del pecado.
Y saltas más allá, casi a la aurora;
que la terrible leona de la hogura
carnal, te hiere con su garra felina;
y se apaga en tu blanca calavera
la más brillante estrella matutina.

En tu éxodo de pez,
delfín del aire ardiente,
por esa mar final que nos libera
del cambio y hace
nuestra fugacidad más úsombrosa,
sobre el agua intranquila de mi fuente
se proyectó el ascenso de tu sombra.
Me enciendo en esta noche
de silencio y de diamante,
al fulgor musical del alto Acuario
y en la hierba con luna y con rocío,
para tu ardiente rosa peregrina,
hace nido de amor el pecho mío.
Cuando retorne
a tu mago jardín, ya conocido,
por eso más amado,
he de hallarte librado del olvido,
en tus llamas, delfín del canto de oro
y del ¡ay!
con sordinas de suspiro.

CARLOS LUIS SÁENZ

Costa Rica, mayo de 1942.

Simbad

A los Cuentos viejos de nuestra amiga
y colaboradora María de Noguera se re-
fiere el uruguayo Gastón Figueira en es-
tos renglones, sacados de la edición de
Noviembre de 1941 de *La Nueva De-
mocracia*, New York, N. Y.:

María de Noguera: *Cuentos viejos*. San
José de Costa Rica, 1938. Ediciones del
Repertorio Americano, 200 págs.

Es un buen síntoma de la cultura latino-
americana el haber comprendido que la lite-
ratura infantil —y hasta los textos de lectura
escolar— deben ser obra de poetas, de buenos
prosistas, dispuestos a dejar por un tiempo
—o por siempre— las obras para adultos, po-
niendo así su arte al servicio de los niños. Y
cuando, además de buen escritor, quien crea
obras infantiles es maestro de escuela, hemos
llegado al ideal. Tal el caso de estos *Cuentos
viejos*. Hace muchos años que su autora vive
en ambiente escolar: conoce a los niños, sabe
que a ellos les disgustan las ñoñeces y que —
como el girasol— buscan constantemente el
bello resplandor. Y para ellos ha escrito este
libro, lindamente impreso, magníficamente
ilustrado con xilografías de Francisco Ami-
ghetti. Una fantasía danzante y multicolor ilu-
mina estas narraciones, generalmente breves,
entre las que figuran algunas de carácter fol-
klórico. Es una verdadera arca de Noé, para
deleitar a los niños.

Al buen Pedro se titulan; son de los
Versos Libres de José Martí. Los trae M. Isi-
dro Méndez en su libro recomendable: *Martí*.
Cuba, 1941. Están en la página 270. Releá-
moslos, cojámosles el sabor que tienen:

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,
de tus esclavos el sudor sangriento
torcido en oro descuidado bebes,
pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa
pidiendo ¡oh triste!, al aire sordo modo
de libertar de su infortunio al siervo
y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
suéleme Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero.

JOSÉ MARTÍ

Lo que ha hecho don Ricardo(*) como
abogado, y de los buenos, él lo atribuye a lo
que seguidamente explicamos:

—Buena suerte, buena estrella, eso puso el
destino en mi camino como presidente o como
profesional, pero, repito, lo que ya les había
dicho: los extranjeros han sido excelentes con-
migo, más, pero mucho más, que los ticos;
pero como profesional, lo que haya hecho, no
se lo debo a los códigos, sino al poco inglés
que aprendí, al diccionario inglés y a la carti-
lla de conversación de Mantilla. Los códigos
a ratos me desorientaron y de nada me sirvie-
ron. La conciencia es el mejor código cuando
se quiere proceder con honestidad.

(En *Diario de Costa Rica*, 7-II-42).

(*) Don Ricardo Jiménez, en San José de Costa Rica.

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX
Plantas Eléctricas Portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)
Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

Ejercicios

(En el Rep. Amer).

¿A dónde vas, pescador...?

¿A dónde vas, pescador, con tu caña al hombro y tu red en los brazos? ¿En qué mares profundos aprisionarás a los habitantes de las aguas?

Tu senda es hermosa. Tu vida, dura y fuerte, te hace recia el alma y calloso el corazón. Pescador: los vientos marinos han puesto su salinidad en tu frente, pero han dejado prendida en tus ojos esa llamita de vida y optimismo que tanto me gusta.

Tu amigo es el mar: traidor amigo que hoy te da vida y mañana, tal vez, muerte. Es un monstruo fascinante que un día querrá estrechar tu cuerpo moreno, estrecharlo así, voluptuosamente, como yo aprieto esta tierra en que se me hunden los pies. Y el viejo océano te mecerá en sus ondas, y tendrás una muerte hermosa, con las sirenas danzando a tu alrededor y encantándote con sus misteriosos ojos verdes. Tu cuerpo será una presa más del devorante mar. Ha de ser el pago justo a cuanto le has arrebatado.

Pescador: no tendrás la gloria de la florecilla que brota sobre la tumba conocida. Tus yertos miembros descansarán en lecho de plantas marinas, y tus ojos han de mirar eternamente la enorme mole de cristal undoso.

Pescador: te has rodeado de los elementos y eres parte de ellos.

Pescador: sigue con tu caña al hombro y tu red en los brazos. El mar te espera.

El santuario vacío

El templo estaba lleno de dioses. En los altares, los cirios ardían produciendo una luz tenue que dejaba adivinar las formas vagas de las columnas, y el destello de las áureas coronas. Los dioses sonreían desde sus nichos. El santuario humano había sido divinizado y el barro adquirió luminosidades de estrella.

Todos los días el hombre llegaba al templo, miraba a sus dioses y hacía el sacrificio de su propia carne y de su propia alma. Ahí estaban sus ídolos en los ingentes altares. Y el hombre era feliz porque tenía a quién adorar.

Cotidianamente quemábanse incienso y aromas en el santuario humano. El vaho de la sangre joven y tibia halagaba el olfato de los dioses.

Mas, vino una tempestad y en el templo hubo torbellinos y los relámpagos cruzáronse fugaces. Las túnicas de los dioses fueron arrancadas por la furia de los cielos, y dejaron ante el hombre la desnudez de sus ídolos. La mirada atónita descubrió la horrible visión de los miembros magros, miserables. Y el hombre lloró desconsolado la pérdida de su ilusión. El, que creía haber adivinado líneas helénicas en esos cuerpos encubiertos, hallaba tan sólo flaccidez y miseria. Su culto a los ídolos perdió su razón de ser. Aquellos que adorara eran indignos de su veneración y no merecían sino asco y desprecio.

El hombre, enloquecido, derribó altares, tomó a sus dioses y echólos fuera en un acto de suprema desesperación. ¡Por qué mármóreos plintos y doradas paredes y artesonados techos! ¡Todo inútil!: sangre, carne, alma, incienso, amor, gloria.

El hombre se sintió chico porque estaba solo, terriblemente solo en el hosc mundo; solo en su interior; solo, con la muerte de sus mitos y el horror de un vacío tremendo.

El, que gozara siendo el sacerdote supremo en el templo de sus dioses, veíase con las manos inútiles y los labios mudos. ¡El santuario humano estaba vacío para siempre!

No había ídolos nuevos que llenaran los nichos desocupados. Vacío infinito.

El hombre se encontró triste, con hondura de tragedia y vórtices de abismo. Y la palabra de consuelo quedóse helada en el ambiente, porque no hubo labios que la pronunciaran.

De pronto, el hombre lanzó a los aires un canto terrible. ¡Era libre ahora! ¡No más falsos dioses que le encadenaran; no más barro humano a quien sacrificar su carne, su sangre y su espíritu!

El canto brotado del dolor resonó en los valles. El eco respondió: ¡Libertad!...

Sendero

—¿A dónde vas, Caminante? La noche está oscura y los grillos lanzan sus agudas notas al aire.

—Voy buscando mi sendero, mi ansiado sendero.

—Está fría la noche, muy fría, Caminante. Descansa aquí en la Posada de las Mil Delicias. Te arrullaremos con nuestros cantos.

—Busco mi sendero, mi amado sendero.

—La doncella blanca está cubierta por negros velos, Caminante. Detente. No podrá ella ayudarte a encontrar tu sendero.

—En las noches y los días sólo busco el sendero. He hallado con mis pies desnudos la

tierra virgen de los bosques y montañas. He cruzado la mar. Traigo la piel curtida por los soles de todos los mundos. Pero no he encontrado mi sendero, mi ansiado sendero.

—Vuestras lámparas te darán la alegría de su tenues rayos. Ven con nosotras y olvidarás que has vivido largos años. Serás joven otra vez. Nuestros brazos te darán su calor y tejaremos guirnalda para tu lecho.

—Ms cabellos han blanqueado bajo las lluvias. Busco el camino. No lo hallaré en vuestro compañía.

—Vete, pues, Caminante. Sigue buscando tu sendero, ya que no quieres oírnos. A nosotras nos bastan los placeres.

—Busco mi sendero por los países lejanos.

Busco mi sendero en el mundo recóndito de mí mismo. Busco mi sendero en el campo infinito del cielo. Busco mi sendero, mi amado sendero...

La Felicidad

Sus ojos, barcas cargadas de ensueños, se han abierto un instante y se han vuelto hacia mí. La Felicidad sonrió un segundo. A través de la claridad celestial de su mirada entreví un mundo lejano, un mundo de ilusiones, un mundo fantástico. Pero ha vuelto a dormirse su rostro. La sonrisa ha muerto en sus labios. Se ha ido. La veo ahora, suspendida en el aire, como una mariposa de alas blancas flotando en un mar de tenue azul. La Felicidad es un fantasma, una sombra que se aleja ya, en la inconsciencia de su eterno huir.

HILDA CHEN APUY

San José, Costa Rica, 1941.

Una carta y un proyecto

Mi querido don Joaquín:

Vi una referencia de usted a mis leyes de Bibliotecas y de Siembra de Arboles Frutales, en uno de los diarios y me llenó de gozo ver que un hombre como Ud. tenía presentes estos actos, que no sólo no se han realizado, a pesar de ser leyes de la República, sino que se tienen olvidados.

Estas palabras ahora son para agradecerle la referencia y para enviarle el Proyecto de Ley de Siembra de Arboles para que si le parece bien, lo honre en su Repertorio. ¡Y pensar que esa Ley, vigente, cumplida podría evitar la escasez de frutas!! Pero qué le vamos a hacer. En sus manos de maestro y de Maestro con mayúscula, queda el proyecto. El otro dotaba de ₡ 10.000 al año al pueblo para que cada 15 de setiembre se fundara una biblioteca y se distribuyeran libros por todas partes. La suprimieron dos Ministros de Educación, por razón de "economía": qué le parece! Existe hasta un reglamento de la Ley de Siembra, y a todos los Ministros de Fomento les he instado para que la ejecuten. Recuerdo que todos han encomendado al Departamento de Agricultura para que la estudien... pero nada! Y es la Ley más simple, menos gravosa para el Estado y una de las más bellas y útiles realizaciones de mi vida parlamentaria.

Lo abraza su agradecido amigo,

ROGELIO SOTELA

PROYECTO DE LEY DEL DIPUTADO SOTELA SOBRE SIEMBRA DE ARBOLES FRUTALES

Presentado al Congreso Constitucional el 21 de mayo de 1928.

Decía Mointagne que la unidad en toda obra es signo de fuerza o de triunfo, pero siempre que en los complementos de la unidad se guarden los menores detalles.

Yo quiero, Señores Diputados, recoger el pensamiento del ilustre ensayista francés para tratar de realizar algunos proyectos en que se quiere dar forma a lo que parecen simples detalles, pero que, a la postre, se inspiran en la unidad del mayor bien de la nación.

Hoy tengo el honor de poner en vuestro conocimiento esta insinuación, orientada en una ideología política que desea comprender tres lineamientos: el de la estética, el de la moral y el del progreso, que son la base principal de toda grande obra.

Hay un poco de ese anhelo triple en el deseo que os expreso ahora de que todos los solares domésticos de las ciudades que tengan una cabida mayor de un cuarto de manzana y todas las fincas rurales del país, se cuajen de árboles frutales, y así todo paraje costarricense dé un aspecto patriarcal, revelando en ello la hermosa inclinación hacia la tierra y derivando con ello la utilidad consiguiente.

Como disciplina nacional, como norma de esta patria que ha de responder justamente a su título de RICOA, todos los hombres deben fecundar la tierra con sus propias manos, en el recinto sagrado del hogar; que se siembre bajo el alero propicio de la casa, en la granja

familiar, en la chacra propia, o en la ajena que se tiene en arriendo, que ya vendrá otro a cuidar lo que nosotros dejamos sembrado, como iremos nosotros a cuidar lo que otros sembraron.

Pensemos en lo que sería la bella Alajuela con sus extensos patios sombreados, y Puntarenas con sus solares inmensos colmados de frutas; Guanacaste y todas las ciudades y todos los cantones y todos los distritos de la República luciendo como un portal en fiesta!

Hay muchas parcelas en los hogares que están como regazos anhelantes, esperando la diligencia de sus dueños que vengan a sembrarlos.

Un arbolito de naranja en cada casa, cerca del limonero en flor: he ahí un signo de ventura y de paz en la tierra costarricense, que Dios ha colmado de dones preciosos.

Yo estoy seguro de que me van a decir algunos: ¡Si eso lo hace cada cual a su antojo! Ah! pero no lo hacen porque el costarricense es por naturaleza negligente. Mientras tanto, como decía uno de nuestros diarios hace poco, se venden los limones a ₡ 0.10 cada uno, y aún así es difícil obtenerlos; y las naranjas—fruto tico por excelencia—valen como las manzanas importadas y, esto, las de inferior calidad. Debemos sacudirnos la pereza y dar una ley compulsiva en este sentido.

Y creo más: no sólo en los patios domésticos debemos sembrar árboles frutales. Hagamos una ley que comprenda la necesidad de que cada finca rural que conste de más de cinco manzanas debe tener árboles frutales sembrados en la proporción de seis por cada manzana como minimum.

¡Costa Rica sería entonces un Paraíso!

Y esto es hacadero, Señores Diputados.

Cuando uno va a Chomes, el gracioso y apretado distrito puntarenense, piensa que puede realizar con facilidad este proyecto.

Se me dirá, ¿Y para qué frutas en esas rinconadas lejanas del país, si no pueden sacarse a los caminos? Y yo digo: Pues que se las coman los hijos de los mandadores y de los peones, que, después de todo, se habrá obtenido provecho para aficionar al pueblo a ser frugívoro, que ya sería una buena conquista.

Expuesto lo anterior, presento a la consideración de mis distinguidos compañeros el siguiente proyecto de ley:

EL CONGRESO, ETC.

Decreta:

Art. 1º—Es obligatorio para todo propietario o inquilino de inmueble urbano que tenga una cabida en su solar de más de un cuarto de manzana, tener sembrados árboles frutales en la proporción de 12 por cada manzana de tierra.

Art. 2º—Es absolutamente prohibido para el inquilino, al dejar la casa que ha tomado en arriendo, arrancar o maltratar lo que haya sembrado él mismo, bajo pena de multa de ₡ 25.00 a ₡ 100.00.

Art. 3º—Es también obligatorio para todos los propietarios de fincas rurales en todo el territorio de la República y cuya extensión sea mayor de cinco manzanas, tener sembrados árboles frutales en la proporción de seis por cada una, como minimum.

Art. 4º—Encárgase de la ejecución de esta ley a los Agentes Principales de Policía respecto de los predios rurales, y a los Inspectores de Higiene y Agentes de Policía Municipales respecto de los solares urbanos. Estas autoridades podrán compulsar el cumplimiento de esta ley, y pueden imponer multas de ₡ 25.00 a ₡ 100.00 a favor del Tesoro Público.

Art. 5º—Los Municipios tomarán a su cargo la realización de este Decreto, cumplimentándolo con la reglamentación que crea pertinente en cada localidad. Al efecto, queda autorizada la Secretaría de Gobernación para dar todas las facilidades del caso, a fin de que se ponga en práctica lo que aquí se establece.

Art. 6º—Créase el cargo de Jefe Forestal, dependiente del Gobernador de cada provincia, para dirigir, y vigilar los trabajos de siembra a que se refiere esta ley. Su sueldo será abscrito al Presupuesto de la Secretaría de Gobernación.

Art. 7º—Después de cuatro años de vigencia de esta ley, el Gobierno, por medio de los Gobernadores, otorgará siete premios de ₡ 1000 y siete de ₡ 500, distribuidos en cada provincia, para el ciudadano que haya sembrado, fructuosamente, más árboles en finca rural, o en solar urbano, respectivamente.

Dado, etc.

(f) ROGELIO SOTELA.

grande que los corrientes, como dió a entender el ciego que tenía asida la cuba en que ponían el alimento al paquidermo.

Hay muchos paisajes que ignoran las gentes del valle, porque nunca se les ocurre escalar las montañas que lo circundan. Y aunque no es una obligación andar escalando cumbrones, sí es un deber de todo aquel que sea capaz de orar. Los centroamericanos tenemos ante nosotros el terrible dilema: ser o no ser... O llegamos a tener algún día derecho de gente, o nos hundimos cada vez más en el adormecido pantano. Tenemos que escoger, a manera de emblema, el paisaje que nos represente: la colina verde y florida aunque azotada por los vientos, o el pantano quieto, de agua verdosa, cubierto de bellas plantas acuáticas, adonde la brisa no llega, ahuyentada por la fetidez de los miasmas.

Entre el pantano y la colina hay una "zona de odio". brotada de zarzas y cubierta de guijarras. Esa es la parte que hay que caminar para que, saliendo del pantano en que estamos lleguemos a la colina. Pero hay que tener presente que el odio nunca venció al odio. No era odio lo que alentaba al Arcángel cuando peleó con Lucifer.

Se emprende la lucha con el corazón lleno de fe, y a la hora del combate también se sabrá pelear a pecho desnudo, que de otra manera entienden la muerte las almas poseídas de fe, y la maldad o la torpeza nunca imperó indefinidamente.

RICARDO CARBALLO M.

Esparta, Costa Rica, 22 de abril de 1942.

Don Joaquín,

leyendo un artículo de *Repertorio* me vino el deseo de decir también lo que yo pienso acerca del "centroamericanismo", y se lo envío como una muestra de apoyo a la gran idea.

S.

R. C. M.

Simbad

Se trata del filósofo inglés Herbert Spencer, en el libro *Spencer*, de Otto Gaupp. Revista de Occidente. Madrid. 1930.

Entre otros pruebas de estimación oficial, que recibió en cantidad creciente desde 1871, citaremos: el título de doctor que le otorgaron las Universidades de San Andrés, Bolonia, Cambridge, Edimburgo, y Budapest; el nombramiento de miembro extranjero o correspondiente de las Academias de Roma, Turín, Nápoles, París, Filadelfia, Copenhague, Bruselas, Viena y Milán; la concesión de la orden prusiana *Pour le Mérite*. Spencer declinó todos estos honores, y por cierto, con una motivación bien característica: la de que no sirven de estímulo en las ciencias o la literatura, como generalmente se cree, sino al contrario, de desánimo, porque—según su opinión—tales distinciones se pueden calificar de un *handicap* al revés, pues mientras en las luchas de campeonatos físicos se acostumbra a conceder alguna ventaja artificial a los más jóvenes sobre los de más edad, en las contiendas intelectuales ocurre el caso inverso entre los aspirantes y aquellos que ya están en la cima. Las ventajas artificiales las reciben éstos, y a la generación joven, que ya de suyo tiene bastantes dificultades con qué luchar, se le hace más desproporcionada la contienda por falta de títulos, que poseen sus consagrados rivales.

Acerca del centroamericanismo

(En el Rep. Amer).

Parece utopía la idea de la Federación Centro-americana. Mil, dos mil consideraciones "prácticas" se oponen a la idea de realización a la hora de la discusión.

Que allá son así; que por acá somos asá; que aquél lo que busca es dominio; que éste lo que tiene es debilidad; que... "Es utopía". "Es puro romanticismo la unión de Centro América". "Es mejor malo por conocido que bueno por conocer".

Todas esas son frases de sobremesa, cuando la digestión comienza allá adentro a llenar su cometido. Pero si vamos a leer en los relatos del pasado, en la historia de la humanidad, veremos que fueron hombres con el estómago vacío o con su digestión alterada con preocupaciones inmediatas, los que fundaron las obras grandes que hoy alabamos con una especie de idolatría que es una forma de pereza mental y capa de vicios.

Las mentes "gastronómicas" son la piedra delante de la rueda del carro de la Nación. Y no faltan entre esta clase de mentes, las especializadas en el verbo, que cegando con pretexto de nacionalismo la mente de los demás, mantienen estacionaria la rueda del progreso.

Esos detentadores de la libertad pagan caro su crimen, pues son los más grandes descreídos, ya que, no creyendo en su propia idea sufren el horrible suplicio del que no cree en su propia alma. Esos adormecedores de la conciencia pública, llevan en su propio delito, su castigo. El pueblo, que es como un inmenso cuerpo humano al que no se cura ni estimula, todo lo sufre; pero va criando en su interior la antitoxina que vencerá más tarde la enfermedad.

De las cinco repúblicas de Centro América ninguna ha sido ni será nunca nada, por separado, individualmente. Las únicas ocasiones en que algo han representado dentro del panorama mundial, han sido aquéllas en que han unido su esfuerzo.

Es cuestión de revisar la historia centroamericana para darse cuenta de esto. Afirmar lo contrario es colocarse en el papel de los ciegos del cuento de Martí, que creía cada uno que el elefante blanco del rajah era tal y como ellos lo describían, porque no podían describir más de lo que palpaban. Ahora bien, si estamos ciegos los centroamericanos, está bien: digamos que el elefante del rajah es redondo, redondo y de forma de escudilla, un poco más

Libros vasconcelianos

Por BENJAMÍN JARNÉS

(La Nación. Bs. Aires, 15 de febrero del 42).

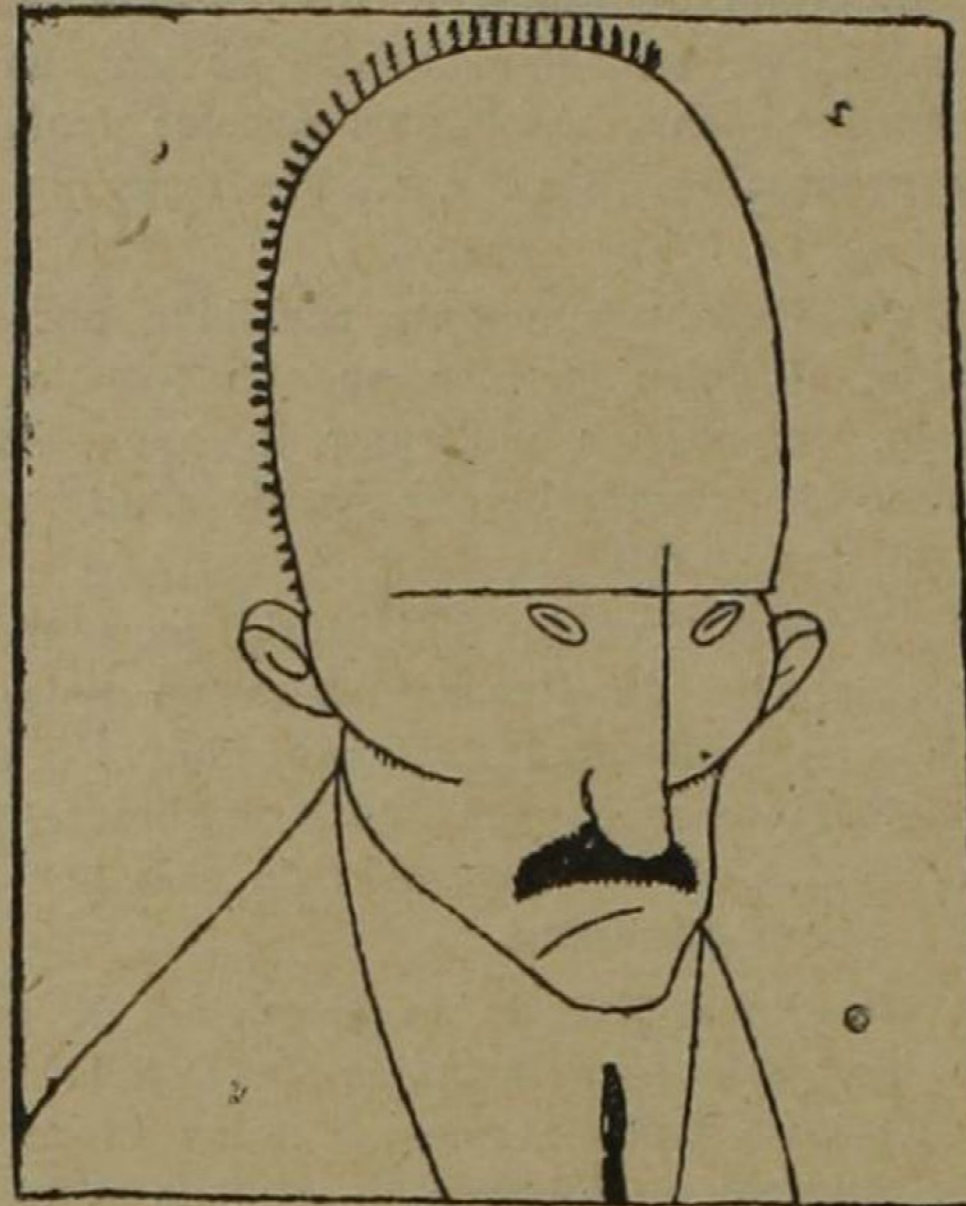
He aquí, nuevamente, las andanzas del inquieto caballero español Hernán Cortés, vivazmente referidas por el no menos inquieto escritor mexicano José Vasconcelos, amigo de México, pero más amigo de la verdad española. Historiador, novelista, biógrafo... ¿Qué es, cómo designar—preferentemente—al autor del tan traído y llevado "Ulises Criollo"? Tal vez, ante todo, haya que ver en él al biógrafo, a un sagaz, a un diestro biógrafo. Aunque—en cualquier biografía—el primer biógrafo sea el mismo Vasconcelos. Este libro, "Hernán Cortés, creador de la nacionalidad", lo demuestra tanto como ya lo demostraba "Ulises".

Es patrimonio de grandes autores entender poco de encasillados. En ellos, cualquier obra es una ventana por donde se asoma el propio autor. Y los lectores así lo quieren: se verían defraudados si, al acercarse al libro, no vieran inmediatamente al mismo autor en carne y alma. Con todas sus grandezas y con todas sus servidumbres. No ha defraudado este "Hernán Cortés": es un gran pequeño libro vasconceliano. Y con ello insinuamos su mayor elogio. El autor asoma en el libro por todas partes, como esos cancilleres o mayordomos que salen al balcón al lado del príncipe, para recoger los aplausos...

En ello estriba, precisamente, el encanto de estas páginas. No nos ofrecen, en verdad, ningún nuevo, ningún desconocido perfil histórico de Cortés, ni siquiera nuevas luces en perfiles conocidos; pero sí podemos seguir de nuevo la vida del gran caudillo con un guía de espíritu "no prevenido", abierto a las sugerencias heroicas, a los valores humanos de la figura excepcional que le sirve de tema. "Julio César—nos dice—es el conquistador de tipo clásico; su inteligencia era lúcida y su temperamento escéptico y frío. Hernán Cortés es un romántico, aunque la literatura todavía no reconociese, en su época, semejante calidad espiritual".

¿Por qué? Vasconcelos prosigue:

"Romántico porque sin carecer de buen juicio sereno y calculador, se movía siempre al impulso de una pasión del espíritu, por decisiones ocasionales, violentas, fulgurantes. Don Hernando era sentimental en la manera grande, con el sentimiento colocado en un propósito que rebasaba su naturaleza ya de por sí generosa y levantada. Romántico, porque sabía y vivía para el empeño cristiano de superar la vida, corrigiéndole su raíz y transformándole sus caracteres hasta convertirla en salto hacia la eternidad. Acierto para descubrir de golpe las ventajas de una situación y convicción religiosa que se sobrepone a la ambición, recor-



José Vasconcelos

dando que no es el mundo el fin del alma; tal fué la esencia del carácter de Cortés sin que se le pueda hallar quien le supere entre los hombres de guerra".

Poco antes que "Hernán Cortés", pudimos leer un volumen de "Páginas escogidas", del mismo Vasconcelos, prologadas y comentadas por Antonio Castro Leal. Ante semejante libro, tan vario, tan sugestivo, hemos pensado en un camarín de espejos que se cortan caprichosamente. Se ve al autor azorado en medio de ellos, sorprendiéndose en actitudes en que tal vez nunca soñó, viéndose a plena luz, frente a verdades inexorables. Un artículo, un ensayo, un libro, lo mostraban por un costado. Pudo, acaso, durante ellos, ofrecernos una bien llevada máscara, a una verdad provisional, circunstancial, oportuna—u oportunista—; pero todos los elementos provisionales; todo lo "de circunstancias", todo lo "contingente", lo oportuno, se funde en una antología, se dan luz—mutuamente—unos y otros paisajes de alma y exteriores; acabamos por ver al autor en medio de todas sus contradicciones, a plena luz, como aquel misterio de Maurice Barrés. Los colores se funden en una total blancura.

¿Sale perdiendo nuestro autor, o sale ganando, en medio de sus hijos, que también

pueden ser sus fiscales, como pueden ser sus apologistas?

Al menos, sale puesta en claro. Una antología no es precisamente un retrato; es una galería de retratos. O una estatua en medio de la plaza, con todo su garbo, pero también con todas sus jorobas, si las tiene. Por eso hay hombres—alguien lo dijo—que sólo merecen retrato, que sólo deben ser vistos por un frente, el más aceptable. Hay otros, en cambio, que merecen—literariamente—estatua, que pueden—y deben—ser vistos por todos los costados, aunque alguno de ellos no sea precisamente ejemplar.

Creo que la obra—tan copiosa—de Vasconcelos es de las que merecen estatua. El mismo se ha situado siempre en medio de la calle, sin ocultar ninguno de sus perfiles. Y su obra es él mismo, es un amplio comentario de sí mismo, hasta no dejar de su pensamiento—y de sus emociones—rincón alguno a oscuras. Puede decirse que su obra se divide, en dos partes—no siempre claramente encendidas—la parte en que se abre de par en par el cerebro y la parte en que se abre de par en par el corazón. No siempre claramente divididas—repite—puesto que con frecuencia se mezclan las dos zonas, sobre todo en muchas páginas de historia y de autobiografía... Porque también es patrimonio de los grandes autores entender poco de agrimensura; por eso los terrenos confunden sus límites, se invaden unos a otros, llenan de confusiones al más lince de los catalogadores. ¿Quién puede saber si el "Crítico" es novela, libro de viajes, tratado de pedagogía o libro filosófico? Pues en "Don Quijote" ¡se han visto tantos libros!

Y es que hay libros torrentes... Amiel, por ejemplo, es un riachuelo, pero Chateaubriand, Juan Jacobo, son torrentes... Vasconcelos corresponde a la segunda clase. Es torrencial.

Al leer "El Proconsulado"—del mismo Vasconcelos—tuvimos ocasión de afirmar que este "Ulises" camina siempre empujado por su propio viento inicial, con el ritmo del primer volumen de su opulenta obra "autobiográfica". Describe su propia marcha; pero, a veces, se detiene a contemplar a los otros, y a sí mismo entre los otros, y contribuye a engrosar el haz de testimonios donde más tarde—¿por qué no?—se apoyará la historia. Y otras veces, atraído por la belleza de una figura—de mujer especialmente—, parece querer desviarse de la rígida historia de la fatal biografía, y nos ofrece páginas que remueven el libro con ímpetu más cálido, que lo dejan sacudido, trémulo, como siempre que en una zona histórica, por tanto científica, irrumpe el lirismo, irrumpe el niño loco sin el cual toda cordura moriría de tedio.

Cuando el amor nos hace guiños desde una página, la ceñuda historia se retira. ¿No es la novela—la poesía, en fin—la que da el tono, la que imprime ese ritmo? Quiere esto decir que de este gran bloque de páginas vasconcelianas, preferimos aquellas en que irrumpe "el niño loco", el lirismo; ese lirismo por el cual todo lo demás respira, florece, fructifica. Por eso, adquieren tal vehemencia poética muchas de las páginas de "Ulises Criollo"; por eso, sus mismos comentarios filosóficos adquieren tal vivacidad novelesca.

La más alta calidad de este escritor tal vez sea la de no ser especialista. José Ortega y Gasset nos habló un día de la "barbarie del

(Concluye en la pág. 175)

El Gobierno de Chile sigue dándonos su honroso apoyo

LEGACIÓN DE CHILE

Señor don

Joaquín García Monge.

Presente.

Mi querido amigo don Joaquín:

Me es grato comunicar que acabo de recibir un cable del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, autorizándome para renovar las suscripciones de Repertorio Americano tomadas el año pasado.

Con este motivo, le ruego disponer que se me envíen 40 ejemplares de cada uno de los números publicados hasta la fecha e indicar que igual cantidad se me remitan de los próximos.

Mucho me complace esta decisión del Ministerio que, en verdad, importa una demostración de la importancia que mi Gobierno atribuye a la interesante labor de difusión cultural que desarrolla Repertorio y del reconocimiento que nos merece la simpatía y buena amistad con que su Director distingue constantemente a Chile.

Con el afecto de siempre lo saluda su amigo,

JOAQUÍN LARRÁIN S.

Encargado de Negocios de Chile

San José, 20 de Marzo de 1942.

La amistad de Frank y Mariátegui

A propósito de la visita de W. Frank a la Argentina

(En el Rep. Amer.)



José Carlos Mariátegui

(Por Enríquez)

Para Waldo Frank, Mariátegui es el "nuevo americano". Le dedicó siempre palabras de hondo afecto y, lo que no es menos importante e interesa más a nuestra finalidad, procuró siempre comprenderle. Lo consiguió sin esfuerzo, y tanto, que escribió esta apreciación muy acertada: "En Europa adquirió un místico sentido del destino del Nuevo Mundo. Su método aspiraba a ser preciso y despiadado como el de Lenin, porque sabía que sólo dominando una técnica, por lo menos tan perfecta como la de construir casas, se podía recrear un mundo. Y sabía también que los materiales necesarios para su creación tenían que ser los valores indígenas maduros de la vida americana y que a estos valores había que dejarlos crecer como criaturas vivientes. . . Y era como si el constructor de una casa tuviese primero que cultivar los árboles para cortar la madera. Con ojos nunca desviados del fin de la revolución, Mariátegui se dedicó a buscar los materiales vivientes que necesitaba esta revolución, los cuales, por su naturaleza intrínseca, provocarían la revolución que él buscaba". Esto afirma en *América Hispana*—libro que dedica a Mariátegui—el escritor que hoy nos visita otra vez. La relación de ambos constituye un capítulo de la vida del joven amaúta peruano. Frank le visitó en Lima cuando José Carlos, a instancias de su amigo Enrique Espinoza, se disponía a emprender viaje a nuestro país. El afecto del norteamericano constituyó un poderoso estímulo para aquel muchacho ya definitivamente señalado por la adversidad. Waldo Frank atribuía al viaje de José Carlos la simbólica importancia de una comprensión intelectual entre los países americanos del Pacífico y del Atlántico y creía hallarle analogía con la acción de Bolívar y San Martín, claro está que en otro plano.

De su parte, Mariátegui juzgaba a Waldo Frank con estimación y comprensión parejas. "El sentido de la realidad no perjudica su lirismo. Este exaltador del poder del espíritu sabe afirmar bien los pies en la materia. Su obra prueba concreta y elocuentemente la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario". Vale decir, Mariátegui, llevado del afecto, prefería subrayar los aspectos afines del pensamiento de ambos, sin hablar de las discrepancias, para usar su propio término.

Quiero decir, para ser más explícito, que

la admiración común se basaba también en un desacuerdo, polémicamente. Waldo Frank veía en Mariátegui sobre todo al adepto de los mitos y de la mística soreliana y este aspecto del pensamiento del joven pensador peruano le hacía admirable y digna de cariño su ortodoxia política. El lado más débil de Mariátegui—el filosófico—resultábale a Frank el más fuerte. Claro está que por conocimiento y convicción, por idealismo filosófico, no por mero rechazo de prudente precaución. "Porque Mariátegui es un revolucionario sin ser un mecanógrafa; y es un artista, un actor de belleza—dice Frank—sin ser un puro esteta. En él se realiza el milagro de esposar la causa de la humanidad sin negar la causa del alma individual, cuya muerte tendría que significar también la muerte de los hombres en la masa. Y sólo este sutil milagro puede salvar al movimiento revolucionario, embebido trágicamente en los venenos ideológicos del enemigo, el mundo de la anarquía capitalista y de la democracia rebañega".

Por caminos distintos y a través del obstáculo común de suponer una incompatibilidad entre el espíritu y la materia, entre la masa y el individuo, Frank y Mariátegui llegaban a una conclusión semejante. El acuerdo promovía el entusiasmo de José Carlos. Pero éste defendía con ardorosa sinceridad su "discrepancia", esto es, su aceptación incondicional del materialismo dialéctico del "profeta de Tréveris", como llamaba a Carlos Marx. No llegó sin embargo, a dominarlo ni exponerlo con la seguridad de Mehring, Plejanov o Labriola y de ahí el equívoco idealista a que se presta a veces su obra. Pero esencialmente, Frank penetraba en el espíritu de Mariátegui al advertir que éste no aceptaba la vulgaridad del sectarismo petrificado.

La lectura de unas páginas de Frank en *Europe*, llevaron a Mariátegui a meditar en la relación entre Europa y América. Juzgaba al norteamericano su "hermano mayor" por haberle inspirado con su ejemplo ese examen del americano que se nutre de una cultura añeja y siente la insatisfacción del que aspira a crear un pensamiento propio original. (Dejemos de lado, de momento, si el ambiente y las condiciones materiales de América permiten cumplir tamaña empresa histórica, limitándonos a exponer, objetivamente, una inquietud y un anhelo). Mariátegui explicó el motivo de su cariño por Frank al darle la bienvenida en Lima con un artículo autobiográfico. Debía ser autobiográfico porque la razón más íntima de aquella simpatía consistía en la semejanza de la experiencia intelectual y sentimental vivida en Europa: la sensación de quien vive de prestado. Ambos escritores, al retornar de Europa, se dieron a la tarea de encontrar en la realidad de América—la del Norte y la del Sur—los elementos de una transformación, las características más peculiares y la posibilidad de elaborar un pensamiento nuevo. "Cómo él—cuenta Mariátegui—yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido algo extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impulsó, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo no tenía una conciencia, una noción nítida. Sabía que Europa cuando parecía haberme conquistado enteramente me había restituido al Perú

y América; mas no me había detenido a analizar el proceso de esa reintegración".

Ese análisis se lo inspiró la experiencia semejante de Frank. Y el escritor norteamericano encontró en Mariátegui al arquetipo del nuevo americano, fervoroso constructor de un pensamiento y de un movimiento nuevos. Coincidieron en algunos puntos y finalidades, discreparon en los métodos, se sintieron espiritualmente afines. Mariátegui anhelaba la realización del sueño de Bolívar en su forma moderna: despojarse de embarazos internos y externos, nacionalizar la propiedad, crear las condiciones materiales en que los hombres vivan y piensen libremente, dominen con la técnica el ámbito material y en partes primitivo que les rodea, para arribar a la especulación desinteresada.

Mariátegui sabía mantener amistades "polémicas", aunque jamás tuvo para Frank sino palabras de elogio, y recíprocamente. ("Es verdad: mi fé, mi amor, mi voluntad creadora en América Hispana, parecían haber encarnado en ese frágil hombre", le escribió Frank a L. A. Sánchez al enterarse del fallecimiento de José Carlos). En una carta a Espinoza, al referirse a Lugones, sin ambages ni reticencias en cuanto a sus ideas y las del poeta, confiesa su simpatía por el adversario. Esta otra amistad con Waldo Frank revela su manera de ser. Cuando la estridencia de los objetivos se reemplaza por el análisis de las ideas, hay quienes no saben disentir. Cuando para satisfacer las conveniencias de oportunidad se desdibujan las diferencias, es mejor trazar la recta del desacuerdo. La ejemplar amistad de los dos escritores americanos interesa subrayarla de este modo en homenaje a la claridad de las ideas.

ANTONIO GALLO.

Bs. Aires, 14-V-42.

La cita con el destino

(En el Rep. Amer.)

Entre los más gratos recuerdos que conservo en mi memoria se encuentra el de una comida que se le dió al actual presidente de Filipinas señor Quezón. A distancia de cerca de cinco años me parece aun verlo a la cabecera de la mesa, delgado, ágil, nervioso, el rostro surcado por profundas arrugas, los ojos ligeramente oblicuos, vivaces e inteligentes, el ademán enérgico y una elocuencia disciplinada por un contacto largo con las costumbres oratorias norteamericanas. El presidente Quezón visitaba México, se asomaba a nuestras costumbres, recorría, con espíritu alerta los lugares que se muestran, a los turistas: Xochimilco, Teotihuacán. . . Pero no era uno de tantos turistas que pasan por el país sin penetrar en su esencia.

No en vano venía del Oriente, y a pesar de su cultura occidental, de su educación norteamericana, tenía la finura, la perspicacia, la sutileza del que ha estado en contacto con una civilización varias veces secular y sabe entender lo que hay bajo la superficie de las cosas y penetrar en el íntimo rincón en que se destilan las más sutiles esencias de la propia cultura.

Se ponía, por primera vez, además, en contacto con una civilización que había estado relacionada con la suya en el pretérito. No sabemos todavía hasta qué punto el oriente fabuloso haya sido el punto de partida de nuestra raza indígena. ¿Qué relación tuvieron nues-

tros aborígenes con los creadores de esa cultura milenaria que ha sembrado de monumentos la India, la China o que se ha esparcido por las islas del Archipiélago Malayo, o la Polinesia? El barroquismo que caracteriza a la cultura de allende y a la de aquende el Atlántico ¿tienen alguna relación entre sí? Hay ciertas afinidades espirituales que explican similitud de fenómenos. Estas interrogaciones quedarán probablemente sin respuesta jamás. Lo que sí es positivo, es el contacto que durante la época colonial tuvo el Oriente con la Nueva España. Iban y venían los galeones de la China con las mercaderías que producían los orientales y llevaban de México y del Perú los objetos que en los dos grandes Virreinos se producían. Sedas y marfiles, el ébano y el bronce quedaban en los caserones de la Nueva España como muestra de lo que producía la China misteriosa, el Cipango y el Catay que estimularon el descubrimiento de América en los relatos de Marco Polo. Y la alfarería en azulejos y tibores daba la muestra a los que trabajaban el barro en la Puebla de los Angeles. No estábamos tan lejos del Archipiélago que recibió el nombre del segundo de los Felipes. La cultura injertada en el tronco filipino fué la misma que sirvió de estímulo a la que frondosamente se desarrolló en la Nueva España. La Universidad fué hermana de la Real y Pontificia de México. Su vida fué semejante a la que llevaron los habitantes de la Nueva España.

En esa ocasión recuerdo haber expresado una idea que ha venido siendo el *leit motiv* de muchas elucubraciones mías y que va siendo continuada por la afirmación de escritores contemporáneos de campanillas. Reciente estaba la discusión que se desarrolló en torno a un supuesto meridiano de la cultura hispánica. ¿Pasaba ese meridiano por Buenos Aires o por Madrid? Sostuvieron los españoles la preminencia de la metrópoli como lugar de cruce de la línea que da vuelta al mundo. Defendieron los argentinos Buenos Aires como ciudad digna de esta trayectoria. Podría haberse sostenido con éxito el meridiano de México o el del Perú o el de Santiago de Chile, sobre todo si se tenía en cuenta el desarrollo de la producción editorial en esta última en los últimos años. No se llegó a un acuerdo ni podía llegarse porque el problema no se planteó correctamente y porque en su enunciación intervenían una serie de factores que no era posible aislar válidamente.

No cabe duda que en la historia del mundo si puede considerarse un meridiano de la cultura o mejor si se quiere en la rotación del mundo y en el transcurrir de los siglos, la sede máxima y representativa de la cultura ha venido desalojándose en sentido inverso del de la rotación de la tierra, de oriente hacia occidente. Si es cierto que China fué el más antiguo asiento de la cultura, aunque sus brotes más selectos los ha dado en una época relativamente reciente. Si en la India nace el germen de nuestra lengua y la raíz de un tronco cuyas ramas se extienden más tarde por toda Europa y los eslavos, y los sajones y los francos y los griegos y los latinos participan de su savia, es cierto también que más tarde el Asia menor fué la cuna de otros importantes núcleos de cultura: caldeos y asirios, fenicios y hebreos, y que de ahí la translación a la Grecia del Asia Menor primero, a la del Archipiélago después y a la de Atenas más tarde, ápice soberano de la cultura helénica. Realizándose así esa carrera de la Antorcha que ya conocieron los helenos también, que seguía el mismo viaje del Sol como si pretendiera que la luz no se apagara al girar de la tierra en busca de la misma luz. El Egipto era una es-

pléndida excepción de esta teoría. Y es que el Egipto ha sido siempre algo aislado en el resto del mundo. Don del Nilo, según la frase tan socorrida y tan citada, sus hombres han visto correr los años y los lustros y los siglos haciendo las mismas cosas, desempeñando los mismos oficios y presentando la misma resistencia a las corrientes de fuera que presentaron los *fellahs* de la época de los constructores de las Pirámides.

Roma heredó de Grecia una cultura en pleno desarrollo y la acrecentó con elementos propios de su genio. No fué ya el pensamiento de un pequeña ciudad o de un reducido centro de trabajo. Pensó en la universalización, en la catolicidad que realizó más tarde la Iglesia y el Mediterráneo sirvió de centro de actividad a los que llevaban por los ámbitos del mundo conocido el pensamiento de Grecia, la organización y disciplina de Roma, la nueva religión nacida en el oriente, la jerarquía creada por la Iglesia. El Mediterráneo siguió siendo el centro de actividad del mundo a través de la Edad Media, aunque la penetración en el continente creara nuevas formas de convivencia en las Galias y en Germania; en España y en Portugal, y en las propias Islas Británicas que comenzaban a elaborar formas que adquirieran más tarde pleno desarrollo. Pero siempre desalojándose hacia el occidente.

Para mí una de las características más acusadas del Renacimiento fué, precisamente la de haber transformado la cultura mediterránea en atlántica. No podía conformarse el hombre con los estrechos horizontes que dibujaba el medio día de Europa y el norte del Africa. España y Portugal estaban apercebidas para la gran aventura. Miraban hacia el mar. Invitación al viaje que los recios marinos de Lusitania no podían desdenar y fueron ellos y los españoles los que se decidieron a realizar el viaje y desvelar el misterio de ese mar ignoto que se extendía más allá de las islas que cons-

tituían la avanzada del mundo conocido. Poseídos de ese espíritu de aventura propia del Renacimiento, abierto su espíritu a todas las inquietudes de una época tan semejante a la nuestra, cerraron con sus viajes un capítulo de la historia de la humanidad para abrir uno nuevo que quizás esté también para clausurarse en los trágicos tiempos que vivimos.

América se interpuso en la ruta hacia las Indias. Grave contratiempo que le sucedió al almirante, no extraño al Renacimiento que se complacía en oponer barreras en el camino que sus hombres seguían. Si buscaban a la naturaleza, tropezaban con Virgilio, si querían llegar al oriente, el murallón de Andesia, como quieren los bolivianos que se llame a este continente, les cerraba, con resolución, el paso. Aquí se sembró la semilla que está a punto de florecer. Tres siglos de preparación, han sido necesarios para que América comience a producir sus frutos. Siempre la trasladaron del Meridiano hacia el Occidente.

Europa quedará aniquilada después de esta horrenda catástrofe que aflige a la humanidad. Ruinas materiales y ruinas morales quedarán sembradas por doquier. América sufrirá en la contienda; pero cuenta con reservas no agotadas todavía, con una riqueza potencial incalculable y con una población que no participara directamente en la contienda. Es la hora de América. La esperanza del mundo está puesta en ella. La cita con el Destino de que ha hablado recientemente el Presidente Roosevelt. Cada uno de los pueblos que han tenido en su manos la antorcha han concurrido a su hora a la cita. América deberá hacerlo en el momento oportuno, encenderla a su vez, crear su propio tipo con las mejores esencias que se consumen después del cataclismo. Obra de lustros, de siglos. tal vez, que serán instantes en la historia de la Humanidad.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

México, D. F., enero de 1942

La voz del espíritu y del saber

(De *Hoy*. Santiago de Chile, 29, enero del 42.—Envío de don Joaquín Larrain, Encargado de Negocios de Chile en Costa Rica).

"A nuestros colegas de la Universidad de Chile:

"Debido al receso de vacaciones, no nos ha sido posible consultar el parecer de todos nuestros colegas universitarios.

"En esta situación y creyendo interpretar su sentir, nos permitimos, con estas líneas, enviarles un mensaje que, con particular afecto, lo hacemos extensivo a nuestros alumnos.

"Conocida es la misión que a las Universidades corresponde en la formación espiritual de los hombres y en la vida de los pueblos; pero, para la debida realización de su labor científica y cultural, es indispensable la existencia de un medio ambiente adecuado.

"En los distintos países americanos y europeos, sus catedráticos han adoptado una decidida posición de beligerancia, en defensa de las doctrinas democráticas.

"Cultura y democracia son conceptos que se identifican: las Universidades han contribuido a forjar las democracias y éstas, a su vez, han permitido el libre desarrollo de las facultades intelectuales del hombre, base moral de la libertad.

"Bajo los regímenes dictatoriales se conculcan las libertades de cátedra y de prensa y se somete a censura previa la exteriorización del pensamiento en sus variadas formas.

"Bajo el imperio de la democracia, la cultura—cuyo centro máximo de difusión es la Uni-

versidad,—se desenvuelve en toda su amplitud, y así pueden trabajar el investigador en su laboratorio y el maestro en su cátedra.

"En nuestro país se avecina una elección presidencial, cuyos resultados serán de innegable influencia para el porvenir de nuestra patria y para los destinos supremos de la Universidad.

"Los profesores infrascritos, poseídos de nuestra responsabilidad de educadores, no podemos adoptar frente a ella una cómoda posición de espectadores indiferentes. Somos los herederos de la honrosa tradición de la casa de Bello. Tenemos el calificado mandato de conservarla para su transmisión intacta a las generaciones venideras.

"En nuestro carácter de miembros de la Universidad de Chile, y conscientes de la independencia de nuestros espíritus, hemos resuelto expresar públicamente nuestra adhesión a la candidatura de don Juan Antonio Ríos, que representa un ideal de pura democracia para el gobierno de un pueblo libre".

(Fdos.): Arturo Alessandri Rodríguez, vicerrector de la Universidad de Chile y Prof. de Derecho Civil; Amanda Labarca Hubertson, Directora de la Escuela de Temporada y Consejero de Educación Universitaria; Pedro León Loyola, Profesor de Filosofía; César Bunster, Prof. de Literatura General Comparada; Francisco Walker Linares, Prof. de Derecho del Trabajo; Eugenio Pereira Salas, Prof. de Historia;

Ernesto Barros Jarpa, Prof. de Derecho Internacional; Aníbal Bascuñán, Director y Prof. del Seminario de Derecho Público; Pedro Godoy, Prof. de la Escuela de Ingeniería; Juan Antonio Iribarren, Prof. Derecho Administrativo; Jaime Vidal Oltra, Prof. de Medicina Legal; Gabriel Amunátegui, Director General de Bibliotecas y Prof. de Derecho Constitucional; Rudecindo Ortega, Prof. de Filología; Jorge Guzmán Dinator, Prof. de Derecho Constitucional; Guillermo Feliú Cruz, Prof. de Historia Constitucional; Leopoldo Ortega, Prof. de Derecho Civil; Enrique Rossel, Prof. Derecho Civil; Benjamín Claro V., Prof. Derecho Civil; Angel Fairovich, Prof. de Derecho Internacional; Dr. Alejandro Garretón Silva, Prof. de Patología Interna; Dr. Parmenio Yáñez, Prof. de Biología; Ricardo Donoso, Prof. de Historia; Mariano Latorre, Prof. Literatura Hispano Americana; Dr. Armando Alonso Vial,

Prof. de Tisio-cirugía; Dr. Félix de Amesti, prof. de Cirugía; Julio Ruiz Bourgeois, Prof. de Derecho de Minería; Dr. Luis Vargas Salcedo, Profesor de Anatomía; Julio Ortiz de Zárate, Director del Museo Nacional de Bellas Artes y Profesor de la Escuela; Ricardo A. Latcham, Prof. de Literatura Chilena; Dr. Luis Prunés, Prof. de Dermatología; Héctor Fuenzalida, Prof. de Historia; Norberto Pinilla, Prof. de Estética; Alfredo Lagarrigue, Prof. de la Escuela de Ingeniería; Armando Uribe, Prof. Derecho de Minería; Benjamín Cid, Prof. Derecho Romano; Armando Lira, Prof. Escuela de Artes Aplicadas; Juvenal Rublo, Prof. Escuela de Artes Aplicadas; Arauco Villalón, Prof. Escuela de Artes Aplicadas; Ramón Miranda, Prof. de la Escuela de Artes Aplicadas; Fernando Varas Aguirre, Prof. de Derecho Internacional Privado.

Acotación

(En el Rep. Amer.)

"Lea este libro", díjome el poeta Edmundo Velásquez, "musgo de la tierra lejana", como síntesis elogiosa que él hacía a la obra que me entregaba: *45 Relatos de un Burócrata*, y se dedicó al prosaísmo cotidiano de anotar en el Diario las entradas de su negocio, al que consagra todas las horas hábiles; él, que en sus años mozos nos diera de su haz de *Espigas* los catorce granos más fecundos, simiente que fructificó en estancias puras, tersas!

Lentamente he leído el libro, para así gustar mejor el original estilo, la galana frase, cuando la sutil ironía, o la descripción poética que en él campean, y en "donde el amado paisaje serraniero nos hace vibrar al oír esa maravillosa orquestación de infinitos sonidos que arrullan el alma de los breñales".

Novela de costumbres es para nosotros esta obra de Rafael Gómez Picón; pero "los cuadros de costumbres no se inventan, se copian"; necesitándose, para que la copia sea hecha a cabalidad, de un sutil espíritu de observación y conocimiento del alma humana, dones que bien lo dice la obra, posee su autor; por eso ha hecho del relato, que modestamente atribuye a Juan García, un libro amargo y delicioso a la vez. Exponiendo en él la tesis de política social, ha contribuido a que se implante en nuestro país la carrera administrativa, que pondrá al empleado público a cubierto de la injusticia y también de la intriga que han venido convirtiendo las oficinas de gobierno en campos de erotismo, o en lugares de descanso, mal este último que aqueja a casi todos los países de habla española, como un ancestro racial.

Imaginamos a Gómez Picón de regreso temporalmente a Ocaña, *cittá feconda*. Sus pasos resuenan sobre el empedrado de las calles. Detiense de pronto frente a una casona de estilo colonial, cuyas rejas encuentra cerradas; su interior, desierto. Vacila, acaso sufre. Espíritu fuerte, no se rinde a la emoción, ahora, sí, los momentos pasados en conversación amena en el café de la capital, con amigos coterráneos; piensa en sus paseos por los pasillos del Capitolio Nacional—técnicamente descrito en la obra—; quizá en la figura carnal de Bernacha, personaje central de su libro, y la única empleada que obtuvo *justiciero ascenso* en la oficina respectiva, pasando de manos del Jefe de Sección a las del Ministro; en Chaba Morales, hábil y buena, despedida del empleo, la que terminó por perder la razón. Al recordar tanta humana injusticia, hace un soliloquio. Traza un itinerario espiritual: escribirá un nuevo libro; en él continuará su crítica, fustigando de preferencia a aquellos *doctores* sin título, politicastro audaces de facundia verbal que rondan los despachos ministeriales para recomendar *Bernachas*, menospreciando a sencillas aspirantes versadas en trabajos de oficina, porque no son apetitosas, o tienen las medias "idas".

De acentuado clasicismo, desnudo de artificios, fuerte en la expresión, espontáneo y pleno de sinceridades, encontramos este libro; sinceridades que llevan a su autor a estampar en él frases de un crudo realismo; pero dicho lo tiene Paul Valery: con mil repugnancias se forma el gusto.

PEDRO JULIO MENDOZA BRUCE
Colombiano

CONCURSO LITERARIO NACIONAL

Patrocinado por la Secretaría Privada de la Presidencia

La Secretaría Privada de la Presidencia ha declarado abierto hoy —24 de abril— un concurso literario sobre el General Francisco Morazán, con motivo del primer centenario de su fusilamiento en San José de Costa Rica.

Los trabajos que deberán presentarse al Concurso son los siguientes: un Ensayo, novela o biografía, sobre el General Morazán y un Poema.

Los trabajos deberán enviarse bajo seudónimo al señor Director de la Biblioteca Nacional, Ingeniero Miguel Angel Ramos, bajo cuya custodia quedarán hasta que el fallo sea pronunciado. Para este último efecto oportunamente se designará un Jurado idóneo. Bajo sobre cerrado se enviará el nombre del autor correspondiente al seudónimo usado y a la obra.

Para el Ensayo, novela o biografía, se establece un premio de 1.000.00 lempiras; y para el Poema uno de doscientos lempiras.

Se admitirán trabajos de todo el país.

El Concurso se cierra el primero de Septiembre de 1942. Y el 14 del mismo el Jurado dictará el fallo correspondiente.

La Secretaría Privada de la Presidencia.

Tegucigalpa, D. C., 24 de abril de 1942.

El concurso literario sobre Morazán

(Envío de A. Trejo Castillo. Tegucigalpa).

Tegucigalpa, D. C., 25 de abril de 1942.

Señor Director de *El Cronista*.
Presente.

Muy estimado amigo:

Ayer quedó abierto un concurso literario nacional para que se escriba un Ensayo, novela o biografía y un Poema sobre el General Francisco Morazán, con motivo del primer centenario de su muerte.

En mi sentir nada que se relacione con Morazán debe verse desde un punto netamente hondureño. El pertenece entero a Centro América, y no sólo a ella, a la América toda. En consecuencia, es lógico que el concurso se extienda a todas las Repúblicas que fueron parte de la Federación, sin que ello, por supuesto, sea óbice para que se acepten trabajos de cualquier procedencia del continente, si fueren remitidos. Lo exigen así las relaciones que hoy existen entre todos los países del hemisferio, y la altura del héroe de que se trata.

Que en Centro América mismo hay escritores que lo deturpan, no importa, la mayoría lo admira.

Tarde se abre el concurso. Si el escribir una biografía no necesita mayor tiempo, sí lo requiere el documentarse. Sin embargo, puede ser que se presente alguna de mérito.

Esta circunstancia exige que se procuren las facilidades necesarias. Hay que suministrar los datos que se pueda a algunos escritores; por ejemplo: a Vasconcelos, a Heliodoro Valle, Chávez Orozco, Guillén Zelaya, Alduvín, Viera Altamirano, García Monge, Mendieta, Vincenzi, Froylán Turcios, López Pineda, etc., y a los que los soliciten.

Debe recabarse de los Cónsules de Honduras en Hispano América y Estados Unidos los nombres de las personas que gustan de esos trabajos, y darles a conocer la apertura del concurso, ofreciéndoles alguna documentación.

En Estados Unidos hay numerosas personas que se dedican a estudios y trabajos de tal índole. En el Congreso Bolivariano que se reunió en Panamá en 1926, y en el seno de una comisión, tuve oportunidad de oír la lectura de un trabajo de un norteamericano, notable. Muchos de ellos conocen a los héroes de la América mejor que muchos de sus compatriotas.

Para que el concurso tenga algún éxito, hay que activar y trabajar con entusiasmo. No basta simplemente abrirlo. De lo contrario, no será mucho lo que haya que esperar.

En todo caso, ésta es una opinión, un modo de pensar. ¿Por qué no exponerlo?

ALFREDO TREJO CASTILLO

Clorocid

Tabletas a base de cloro orgánico para desinfectar el agua de bebida.

Una o dos tabletas en un litro de agua la dejan estéril a la media hora de contacto.

En frascos de 50 tabletas para esterilizar 50 ó 25 litros.

Apartado 1351 - San José, Costa Rica

Jules Romaines y Stefan Zweig

(En el Rep. Amer.)

Tengo la seguridad que M. Jules Romaines nunca soñó en venir a México, contemplar nuestros soberbios paisajes impregnados de melancolía y perderse, un atardecer, en las calles coloniales de nuestra luminosa ciudad; si alguna vez lo soñó, al despertar se ha de haber sonreído con la más incrédula de las sonrisas y, al deleitarse con el cielo elegante, opalino de París, ha de haber recordado, con gran gozo, las reales palabras de uno de los Enríques: "¡París bien vale una misa!"

El mundo es un pañueño, y ahora los ojos claros del gran lírico copian los claros cielos de México; en plena madurez vino a ofrecernos la abundancia de los frutos de su inteligencia, cargado, agobiado su corazón con la honda amargura de su patria deshecha.

Vi por primera vez a M. Jules Romaines en Madrid, cuando Madrid era Corte, y asistí a la serie de conferencias que sustentó sobre letras francesas. Años más tarde—caían las hojas y se alejaban los pájaros—, lo volví a ver en una de las mil y una noches de París, me parece que en el vestíbulo de la Comedia de los Campos Elíseos, donde estrenó *El Dictador*, obra sin importancia en la cual M. Francen hacía el papel principal. ¡Claro!, sin importancia, si se recuerda *Kneck ou Le Triomphe de la Medicine*, que hizo estremecer a los críticos del bulevar y subió triunfalmente a todos los tablados del mundo.

M. Jules Romaines pertenece al grupo de la Abbaye fundado en 1907-1908, por Charles Vildrac, René Arcos, Georges Chennevière y Albert Duyen y al de *La Nouvelle Revue Française* que formaron Marcel Proust, aquel extraordinario cronista asmático de la nobleza de París, quien comenzó a tejer la tela impalpable de la novela psicológica, André Gide, Georges Duhamel, Jacques Rivière, André Maurois, Henri de Montherlant, lo más brillante del pensamiento moderno.

Poeta que da a las palabras un nuevo perfume; novelista de caudalosa imaginación que nos hace sentir, que nos muestra todo un mundo en un friso magnífico de formas novísimas: *Los hombres de buena voluntad*; guardador en sus poemas, en sus novelas y en su teatro de todo un sistema de emoción y de belleza; investigador de los misterios de la ciencia; buscador de experiencias: *La Visión Extra-Rótinienne et le Sens Paroptique*; creador y jefe de la teoría del Unanimismo; polemista extraordinario; orientador lírico en *Petit Traité de Versification*, M. Jules Romaines es el maestro de las inquietudes espirituales del momento, renovador de una literatura marchita y, a pesar de todo, es un escritor elástico, por su estilo claro, preciso, ágil y sutil; en fin, encontró la fórmula mágica, el secreto, la gracia de los amados y graves abuelos de las letras francesas.

En La Tribuna, San José de Costa Rica, 2 de abril de 1942, esta explicación clara de R. Brenes Mesén:

Pocas semanas después de inaugurada la presente Administración, el clero, mediante sus representantes en el Gobierno, puso a un lado la enseñanza laica.

La palabra *laico* es un adjetivo griego, *laikos*, con el sentido de popular, del sustantivo *laos*, pueblo. Enseñanza popular, no clerical, no erudita es el verdadero significado de la expresión. Por tanto, las escuelas populares, a donde por ser de obligación, van los niños de todas las familias, los hombres de Estado de más liberal cultura quisieron que fuesen laicas, no eclesiásticas, a fin de que no se hiciera resistencia a la difusión de la educación popular. Mas lo que importa decir, por ahora, es que prácticamente se ha abolido la enseñanza *laica* en nuestras escuelas populares.

Tampoco se imaginaría M. Jules Romaines, a pesar de sus mil experiencias extrarretinianas, que aquí iba a recibir, casi en alas de la Primavera, la última carta escrita por uno de sus admirados amigos y uno de los más universales escritores contemporáneos: Stefan Zweig, quien, al suicidarse, se convirtió en "símbolo de protesta de millones de hombres que anhelan un mundo libre".

He leído la carta desgarradora de Zweig, fechada en Río Janeiro el 19 de febrero del presente año, y no se necesita mucho para comprender que el ilustre autor de *María Antonieta*, era un desilusionado, un enfermo, con los nervios al garete: era un "hombre acabado" que ha de haber tenido a flor de labio un constante ¡qué más me dá!, para lo bueno y para lo malo.

La raíz de su desencanto está retratada en las palabras que pronunció para despedir los restos de mi infortunado amigo Alfonso Hernández Catá, en Río de Janeiro.

"Nosotros—dijo Zweig—europeos de esta generación maltrecha, debimos en verdad haber aprendido hace buen tiempo el arte de resignarse, pues ¡de cuántos que eran caros a nuestro corazón hemos debido separarnos ya! Hemos perdido hogar e idioma, posición y casa, y más aún, hemos asistido al desaparecer de la esperanza que nos dió ánimo en nuestra juventud, y de los ideales que nos hacían soñar; hemos perdido la credulidad y la confianza; desde hace largos años no hacemos, en el fondo, otra cosa que despedirnos, y la resignación estoica, desprovista de queja, se nos ha hecho ya casi costumbre".

Pobre Stefan Zweig, a pesar de haberlo tenido todo: riqueza, amor, universalidad, no tuvo armas para defenderse de la adversidad, no fué dueño de la constitución de acero que se requiere para "no adorar lo ganado ni llorar lo perdido"; no obstante su talento y su extraordinaria cultura, se retorcieron sus nervios como se retuercen los juncos en las sedientes mañana de estío, y esos tendones sin control lo arrastraron a buscar la paz y la musicalidad de las estrellas.

Zweig quiso partir muy a tiempo, con la elegancia que tienen los grandes viajeros para abandonar los países que encantan.

Ni sus largas lecturas; ni el ensueño que supo poner en su vida errante; ni el éxito sonoro de sus libros en todos los rincones del mundo; ni la sonrisa cuajada de comprensión y de ternura de su cara mitad pudieron evitar la resolución siniestra.

Su mujer jugó con él la *plus belle* de las cartas; sus manos trémulas quedaron sobre el cuerpo del escritor; sobre el gran decepcionado, como dos lirios marchitos, y su cabeza, con el cabello flojo, su cabeza delirante, parece que quiso dormirse eternamente arrullada por la



Jules Romaines

"dulzura del sufrir", como decía Leopardi, escuchando el último latido de la entraña rebelde, del hombre que supo amarla tanto.

M. Jules Romaines podrá agregar un ardiente capítulo a su magnífico estudio consagrado a *Stefan Zweig, grande europeen*, publicado en Nueva York, con motivo del sexagésimo aniversario del exégeta de Erasmo.

¡Qué la tierra de América se abone con la carne hecha tierra del ilustre muerto!

GUILLERMO JIMÉNEZ.

México, D. F., mayo, 1942

Noticia de libros

José Moreno Villa.—*Puerta severa*. México. Tierra Nueva, 1941.

Libro de confidencia, en lengua diáfana, con felicidad de ritmos, imágenes y aliteraciones casi disimulada en la exquisita naturalidad artística del soliloquio. Acentos graves, tiernos, severos, desesperanzados pero con la suficiente euritmia para no llegar al descomedimiento de la desesperación, propia de aquellos en quienes la edad no cumplió su misión más delicada. La pluma-pincel y el pincel-pluma de Moreno Villa, captan, en no muy común unidad, inteligencia y belleza, y está sí que es luna sin buhos, o, si se quiere, tara celestia aun en la noche más despejada. Deseemos a Moreno Villa esta juventud por tanto trecho como la gozaron Haydn y el Tiziano.

JOSE CARNER

(Boletín Bibliográfico Mexicano, 31-1-42).

Envío de la Biblioteca Hoover sobre Guerra, Revolución y Paz. Oficina de Relaciones Panamericanas, Universidad de Stanford, California:

Jorge Carrera Andrade: *To the Bay Bridge. Canto al Puente de Oakland*. Original Text in Spanish, English Translation by Eleanor L. Turnbull, Stanford University, California, 1941.

Envío de la Editorial ATLANTE (Artes 53, México, D. F. México):

Federico Avila: *Bolivia en el concierto del Plata*. Editorial Cvltvra, México, 1941.

Atención de la Division of Intercourse and Education of the Carnegie Endowment for International Peace (405 West 117th Street, New York, N. Y.):

Essays by Arthur P. Whitaker, Roland D. Hussey, Harry Bernstein, John Tate Lanning, Arthur Scott Aiton, and Alexander D. Marchant. Introductions by Federico de Onís. Edited by Arthur P. Whitaker.—D. Appleton Century Company. New York. London.

*

Envío de don Julio Villoldo, La Habana: Fermín Peraza Sarausa, Director de la Biblioteca Municipal de La Habana:

Índice de *Cuba Contemporánea*. Municipio de La Habana (Departamento de Cultura). 1940.

Así lo deseáramos para otras revistas famosas de América. Cuba, una vez más, da el buen ejemplo.

*

Alfonso Reyes.—*La Crítica en la Edad Ateniense*. (600 a 300 A. C.).—México, El Colegio de México, 1941.

Bienvenida esta, aunque no tardía, suspirada edición de las lecciones dadas por Alfonso Reyes a principios de este año en la Universidad Nacional de México. El genial autor de esa Ifigenia Cruel, en que canta la protagonista, refiriéndose a los helenos

los pueblos estaban sentados, antes de que echárais a andar,

se halla tan bien hallado en tema de tal grandeza, que con sutilidad identifica la mota de polvo áureo y con soltura despliega los espacios. Cabe, por una parte, considerar esta obra como logradísima presentación arquitectónica de un incomparable dinamismo entrecruzado y aun disperso de aventuras intelectuales, harto más accidentadas que la empresa del vellocino de oro o la de Troya. Pero también es La Crítica en la Edad Ateniense ocasión holgada a la suma del espíritu de Reyes. Aquí está la riqueza —estilizada por la devoción al magnífico tema—, que acumuló en el ejercicio de sus antenas, que experimentó en el movimiento de sus alas. Aquí está el centro de sus meditaciones, la cifra de sus modos, el secreto de su calidad de maestro para presentes y venideros. Libro entretelado de seriaciones, de síntesis, de continuas sugerencias luminosas, es a la vez, para quienes se hayan detenido a considerar el hombre y su obra, ambos descollados, un repertorio de confidencias.

Por el valor básico y eternamente estimulante de la materia historizada, por la realeza del autor, a un tiempo solícita y serena, en el saber, el pensar y el decir, este libro nace clásico en todos los sentidos de la palabra, con lo que dicho queda que merece viva y honda atención por parte de aquellos que se mantengan tenaces en la fe de que la suma calificación del hombre se consigue por la hazaña de la inteligencia.

JOSE CARNER

(Boletín Bibliográfico Mexicano, México, D. F., 31-X-41).

Con JUAN LUIS CAMPOS
en México, D. F.
Apartado de Correos 10428,
consigue Ud. una suscripción
a este Semanario

Esquiva

(En el Rep. Amer.)

No sé cómo comenzar. No lo sé. Tú, disculpa, pero confieso, pues debo, aunque sea sin saber cómo, decirte algo. Siento en mí que tengo que hablarte. Claro! no he de tener! Tú me has dejado y yo tengo sentimientos. Mira, tengo alma, corazón, manos y en las manos, dedos. Manos capaces de acariciar, corazón, de amar, y alma, como esas nubes que a la Virgen Sacra circundan en los grandes lienzos, limpia, nítida y frágil. Y los dedos, éstos los tengo para dar sonido al arpa de mi interior sentir, para que corran por las largas cuerdas armoniosas de ese instrumento maravilloso que se llama vida. Te das cuenta si tengo algo que decirte. Tú me dejas y yo tengo alma, corazón y manos y dedos en las manos.

Ingrata no cres, pues el no querer no es ingratitud; quizás, si a mucho forzamos, sea inadvertencia. Mas por qué he de llamarte ingrata si no correspondes mis miradas. Pero sí te llamo esquiva, y me atrevo a decirte también, aunque peque de inmodesto, Inadvertida!

No ves como te quiero! Te quiero como quieren los hombres, virilmente.

Te quiero como quieren las madres, con los ojos cerrados y el pecho abierto y los brazos extendidos. Y, así y todo, me dejas! Ya ves. Inadvertida! Cuando hubo momento en que la vida ha faltado en toda plenitud, el espíritu se hace acero y sólo los lapsos muy largos, lo corroen, lo rompen. Por eso el acero es paciente, por eso las almas que supieron esperar, son como el acero, duras, fuertes, relucientes por mucho tiempo, más calladas. Yo desconozco la vehemencia, cuando hube de esperar, en silencio, con cordura obligada, porque se agobia más el espíritu de lo contrario. Cuando las horas no han contado, cuando la noción misma del minuto se perdió. Los años pasan como monstruos pesados y lisos, mas pasan, pero por espaldas flacas, cuasi deshechas, ya rotas, muy pocos tendones y ya los nervios casi no viven. Y los pulmones? no hay aire! no, no hay aire! y el diafragma no se mueve... y se han paralizado las piernas y los dedos de las manos tiemblan. Dios, Dios mío, es menester que sufra tanto! Entonces la vehemencia se muere, pero crece el alma, mucho, desmesuradamente. Yo no sé ser vehemente, y a más, soy torpe, muy torpe. Pero así, con el pecho como cofre que sólo sufrimientos guardara, que sólo papeles de luto encerrara, yo también sé darles vida, muy profunda, a mis ruegos, a mis quejas. Me has dejado! Tú lo decidiste, tú lo ordenaste. En momento gris, ni siquiera esperaste a las doce, cuando el sol caliente la tierra entera. Ni pensaste el momento, tú lo ordenaste, rápidamente. Nihilista, nihilista, en el florido ramo de tu reconocimiento, a una mi expresión de cariño, venía la muerte anidada! Como sentencia que fulmina a reo. Pero mi delito fue amor, tal vez merecía mayor legajo. Pero yo no pretendo discutir, sino hablar, que hablemos los dos. Yo te ruego que me escuches, que me oigas. No frunzas el ceño ni como niño te desesperes sin saber el fin. Es necesario que me oigas, quizás mejor, que nos oigamos.

Querer y no ser correspondido es doloroso, mas peregrinos ambos. sufridores los dos ya en este caso, del mismo mal, razón de éste tu abandono, ¿no has sentido pena? Pena de no querer, pena de que no quieras que te quieran, como si al mismo dolor que sufrimos aumentarás, desdeñosa, el sufrimiento de todos los que penan de no ser correspondidos. Es como si oyendo, destruyeras tus tímpanos, porque la melodía de los vio-

lines te arrancara lágrimas de alborozo. Es decir: viene la alegría, la dulce alegría y tú que de ella tienes sed, te atrancas la garganta, para no saciarte. Locura! Dirán las lenguas todas. Mírala, en azafates dorados la sirvieron opíparamente, y lo despreció todo, todo: vinos raros, faisanes, alubias, caviares y mieles; todo lo despreció, porque el maíz de la India no estaba en la mesa; y como tenía hambre, apetito, ha muerto de hambre. Quién con hambre no quiso comer en azafates de oro, manjares abundantes! Locura! gritarían las gentes.

Pero yo no te quiero, me dirás tú a mí. ¿A quién no quieres? te pregunto yo, ¿a la hora o a mí? Fíjate en las manos del reloj como pasan rápidas por la esfera; se esfuma, se va, se marchó la hora! No, que no puedo con el surco que cruza tu rostro. No ves bien, no. Mejora tu plano y ausculta, ay! que tocaste el pecho, ¿cómo suena? fuerte, muy fuerte. Quién lo hubiera creído!

El color de tu piel, no me gusta, me dices. No es blanca ni rosa, es verdad, razones tienes, más tócala! Cómo, ¿no contestas? dime, ¿es tersa o es dura? Si es tersa, la color no importa, serán mis manos terciopelos para acariciarte y la fuerza de mi pecho, para apoyar tu cabeza, tu todo. Y el cariño inmenso, grandioso, es la melodía eterna, que no muere, ni cambia, porque es la substancia misma, llorarás de alegría, jamás, nunca de penas.

Ay, si yo fuera poeta, te diría en ritmos toda una canción de amor. No lo soy, bien me duele. Mira, te diría que tu risa son cristales tallados do ebulle el champaña de rara manera, y que hay mil espías, músicos todos, esperando en vano robarse los divinos sonidos de tu magnífica garganta, mas en vano dije, porque todo lo tuyo entero lo quiero para mí. Tus manos, no diré marfiles, me callo el alabastro, tus manos! pues sólo tú tienes esas manos de blanco de espuma de mares antárticos. Tu corazón, trocaríanse mis músculos en hierros forjados y mi raciocinio perdería todo norte que no fuera la avaricia de custodiarlo, para que ni la luz le pudiera robar el color que tiene en tu pecho.

Mas me callo, el solo recuerdo de tu mirada me abate, me dobla más.

Yo podré hacer poesía sin saberlo, actuando, seguro. Nadie podrá negar que quien ama profundamente, ha convertido la vida en un bellissimo poema. Convirtámosla! te lo ruego!

Contéstame, piénsalo. Escoge el momento, todo está en tus manos. En las mías abunda de todo, de todo lo que tú me puedas pedir... Piénsalo, no malquieras a nadie y deja un servidor si es que la posibilidad de crear un poema nuestro, tú no la puedes sentir.

ANTONIO URBANO M.

Marzo-1942.

Dr. E. García Carrillo

**Electrocardiogramas
Metabolismo Basal
Corazón - Aparato Circulatorio**

CONSULTORIO: 100 vs. al Oeste de la
Botica Francesa

Teléfonos: 4328 y 3754

De la Vida y de la Muerte

Por LORENZO VIVES

(En el Rep. Amer).

VIII

El supremo arte

La música rompe el velo de la eterna belleza y nos da fe en un reino de lo absoluto. Los elementos de las demás artes bellas son determinados: los de la música, imprecisos. No se dirige a la razón; pero despierta la emoción. Está en un plano superior a la poesía por lo vasto de su expresión y por su profundidad. La música es poesía universal, y es anterior al lenguaje: ella nació de la inquietud psíquica de los hombres; éste de la necesidad de comunicación. La primera fué fruto de un anhelo noble: lírico; el segundo de una necesidad útil. La palabra admite barreras: la música las vence todas. Su alcance es universal, y cuando es manifestación espontánea, es comprendida por todos.

Cuando la espontaneidad no es cualidad preponderativa, entra en funciones la inteligencia: va dirigida a un núcleo de iniciados: particulariza. Yo creo en la espontaneidad, porque es armonía en la variedad. El paisaje se compone de elementos varios; pero ninguno sobresale: forman un todo y captamos el efecto de su visión global. Sólo cuando nos fijamos en uno de sus elementos, despertamos la razón y la hacemos actuar: el considerar una estrella, su lejanía, el azul del mar... Lo popular es espontáneo, y el arte es siempre popular en sus primeras manifestaciones.

Si la poesía es la óptima expresión humana, la música es la sublimación de esta expresión. A su llamada, el espíritu se concentra: es que se siente invitado al lenguaje universal; pugna por entrar en el coloquio y, por lo menos, se contenta con escuchar. El que interpreta se abstrae hasta vivir en planos de espiritualidad pura; el que escucha, establece contacto con él.

Ninguna de las otras artes se hace tan imponderable como ésta. Todas ellas son de alcances limitados: la música escapa a toda fijación y se hace universal en cuanto al espacio: eterna en el tiempo. El paisaje captado por el pintor; la belleza humana expresada en piedra; la misma catedral gótica son efectos limitados de una concepción maravillosa; pero de alcances reducidos: son, hasta productos de una limitación. La obra musical huye de toda utilidad: nace de la originalidad —admite, sin embargo, ciertas influencias ambientales— y sus proyecciones son vastísimas.

Yo concibo un estado de perfección tal, en el hombre, que la única forma de comunicación espiritual sea la música. Ninguna de las otras artes permite una interpretación espontánea como ella. Infantes de poca edad nos han maravillado interpretando obras de técnica difícil. Esto me afirma en la creencia de que es este arte un recuerdo de algo conocido y sentido antes de nacer. Un Pepito Arriola, los hermanos Corma, Albéniz, Mozart... son casos, entre otros muchos, que nos dejan perplejos y nos inclinan a considerar un origen divino de este arte excelso.

Y pasa con la música lo que con todas las manifestaciones espirituales: se desarrolla siguiendo el ritmo de la vida de toda una época. Al capitel dórico, que es símbolo de aquel concepto temporal de la vida, individual y egoísta, acompaña la música monosónica; a la inquietud por lograr la eternidad por el camino de lo Divino, expresado plásticamente en la catedral gótica, sigue la música polisónica y contrapuntística con la aparición del instrumento más y mejor asociado a tal anhelo de inmortalidad: el órgano; el Renacimiento, como antigótico que era, había de ser, también, antimusical, y el esplendor de tanta producción pictórica, así como la plenitud lograda en la escultura y en la arquitectura, no son acompañados por una orientación nueva en la música. Hay que esperar a que se produzca el despertar de la cultura después de la revolución copernicana, de la aparición de la imprenta y de los descubrimientos geográficos, representada por la dual inquietud Newton-Leibnitz, para que, a fines del siglo xvii, aparezca la música instrumental que da oportunidades a la fuga de Bach y a la sinfonía de Beethoven.

Al caos actual y a la civilización decadente, sigue la perplejidad en la música, rota, de tiempo en tiempo, por intentos nobles al estilo de Massenet, Debussy, Falla, Tchaikovsky, Moussargsky...

Y es que, como super-arte, no admite artificiosidades culturales, sino una franca manifestación espiritual, que ya empieza a apuntar, en los momentos presentes, para dar lugar, quizás, a un anhelo más marcado de eternidad que el gótico.

Las exploraciones estratosféricas; la Química de la transmutación, de Rutherford; la técnica basada en la energía almacenada en el átomo; los nuevos conceptos de espacio y de tiempo, del bien y el mal, obligan a la aparición de una nueva música que arrebatando

el alma por el oído, la obligue a columbrar en escenas —como Walt Disney nos ha hecho ver— lo alto, lo digno, lo espiritual y lo divino que hay recóndito en la naturaleza, para llegar a comprender, cuanto antes, que el cielo puede estar en la Tierra si el hombre sabe descubrirlo cautelosamente, silenciosamente, humildemente...

Hacienda "San Lorenzo" Abril del 42.

Historias baladíes

Era verdad, porque lo dijo el "Usurero"

(En el Rep. Amer).

Inventémosle nombre.

Digámosle Benito.

Vive en una ciudad muy católica, en una ciudad salvadoreña: Santa Tecla.

Da muchas limosnas, se confiesa todos los domingos, anda en las procesiones muy cerca del sagrario.

Si llueve, en casa reza largo rosario. Si la noche es clara, va a la iglesia y a Dios le pide misericordia para todos los fieles...

Aquél de mirada suave y tranquila, medio curvado por la meditación... aquél es...

Honremos al santo varón narrando una anécdota que le enaltece en grado sumo. Pero antes digamos que es dueño de casi todos los mesones de la ciudad, de modo que succiona la vida de cientos de obreros, de mujeres indefensas, de madres cargadas de hijos.

Hombre honorabilísimo, no permite bajo ningún pretexto el rezago de un solo día de alquiler. *Pago anticipado*, se lee en los recibos, y si el inquilino se atrasa, van a la calle los trastos.

La Ley protege a los honrados. Por eso protege a don Benito el Usurero.

Un sastre, un carpintero, un albañil, no son honrados si no pagan los alquileres del cochínísimo cuarto de mesón que habitan. Enfermen ellos, enfermen la mujer y los hijos, nada le importa eso a la ley ni a don Benito el Usurero.

Don Benito, comerciante sagaz (ladrón, explotador no es), obliga a los inquilinos a firmar en papel sellado una serie de renunciaciones, de modo que no ampara ninguna ley a ningún inquilino, a la hora en que la Ley debiera ser madre de los desheredados.

—o—

Pero vamos a la anécdota inofensiva.

Don Benito da dinero a interés y sobre hipotecas.

La Aurelia hipotecó su ranchito de allá por la estación. Cien pesos le dió don Benito. El solar valía seiscientos. Pero la hipoteca...

—Por ser vos, Aurelia, te dejo los cien colones al seis por ciento. Me traes cada mes seis colones. Si dentro de dos años no me has devuelto los cien colones, míos son rancho y solar.

—Dios ha de querer que no, don Benito.

Sonrió, malicioso, el usurero. Bien sabía cuál es el Dios del prestamista.

Se atrasó la Aurelia, no pagó intereses y llegó la hora de la sentencia.

De rodillas ante el viejo lloró la Aurelia, Pidió, rogó, ofreció... Nada... El viejo no sabía de ternuras.

El viernes llegó el recado.

—Que dice don Benito que mañana viene con la guardia a sacar los tarantines a la calle.

Así fué.

Cuando, el sábado, Toribio —el hijo de Aurelia— regresó del trabajo, halló a la madre llorando y en la calle los muebles. El moctón se enterneció primero, se enfureció después. Le ardió en pleno corazón el hierro candente de la injusticia humana, y sabiendo que para el pobre no existen leyes en El Salvador, cogió un garrote, fué a casa de don Benito, le dió dos leñazos al usurero y volvió alegre, pensando que lo había matado.

—Nana, voy a la cárcel, pero maté al verdugo de los pobres.

Mas para felicidad de la dichosa población que alberga a don Benito el Usurero, don Benito no murió, y aunque de mala gana —¡bondadoso el señor capitalista!— no exigió castigo para Toribio. ¿Verdad que es algo inusitado? Pues así fué, ni más ni menos. No pidió cárcel para el delincuente.

—¿Y qué pidió entonces?

—Manicomio. Declaró loco a Toribio... Era tan fácil esto!

Confirmaron el fallo unos médicos, cuando —pasados seis meses de reclusión— examinaron al reo que estaba en el manicomio.

En el manicomio está —ahora sí de verdad loco— el agresor.

(Concluye en la pág. 176)

Libros...

(Viene de la pág. 168)

especialista". Vasconcelos podría hablarnos de la seducción del escritor "universal" abierto a todos los frentes, viajero de todos los caminos. Son útiles al mundo—¿quién lo niega?— estos hombres dedicados por entero al páncreas, pero tal vez sean más útiles aquellos que pudiéramos llamar de "medicina general". Mucho más en las letras. Y Vasconcelos es uno de estos escritores de "literatura general", capaces de ver panoramas espirituales completos, de interpretar épocas en toda su riqueza y en todo su sentido. (Véase por ejemplo, su libro "Estudios indostánicos").

Lejanos de él en tantos sentidos, no comparando muchas de sus ideas, de sus peculiares modos de ver la política, el arte, las letras, tal vez hemos quedado más libres para estudiar y considerar al gran escritor mexicano, cuyo pensamiento se concentra en su "Hernán Cortés", como podía verse en toda su variedad en sus "Páginas escogidas". Pero nuestra actitud se extiende al pueblo que lo produjo. Porque, ante todo, José Vasconcelos es un producto espiritual—y material—de México, repre-

senta a México, lo representará con mucha más luz, con mucho más relieve, en lo futuro.

Historia, novela, crítica... Muchos libros se encierran, por ejemplo, en el mismo "Proconsulado", como en el resto de la obra de Vasconcelos. Alguno podría desgajarse de la totalidad tal vez con gran beneficio para el desgajado y el resto. La apasionada sensibilidad del autor, aplicada a fenómenos alejados de la política, produce páginas de excelente calidad lírica o filosófica. Páginas libres, por otra parte, de todo enfoque ajeno a la historia del espíritu. Verdad es que él nos dice: "Y sean cuales fueren los motivos del escritor profesional, tengo yo particular deber de proclamar ciertos hechos referentes a la vida pública de mi país..."

¡Pero nada se oponía a que este deber lo cumpliera en faena aparte. Un libro para el hombre "ungido por la magnitud de su destino", otro para el que se asoma libremente al magnífico panorama del mundo viejo—arte, cultura, historia—, cuyo destino ya vino cum-

pliéndose... (Un tercero que preferiríamos ver desgajado es aquél donde se recogiesen las andanzas del autor por España. Con vivo interés hemos recorrido junto a este "Ulises", paisajes y momentos inolvidables. Castilla, Andalucía, Asturias... "Ulises en España", libro también apasionado, pero lleno de relumbres—sobre figuras, sobre pensamientos, sobre paisajes—, que nos hiciesen ver más claro en el viejo trayecto. Viaje realizado ahora por nosotros en plena inmovilidad, pero ¡con la máxima zozobra!).

Vieja tonada

(En el Rep. Amer.)

Para don R. Brenes Mesén.

*Canción vieja que el recuerdo
prendió en mis labios un día:
si te evoco nunca olvidó
tu sabor de lejanía;
tu nostalgia del pasado,
tu tristeza del momento
y el ensueño fulgurante
de tu noble pensamiento.
Hablabas de amores bellos
junto a una roca del mar;
de una pareja dichosa,
de un camino... y de un altar!
El dejo de tu armonía
se filtró en mi sentimiento,
que hoy es sólo un caracol
que la repite contento.
Canción vieja que una noche,
dos apuestos trovadores,
cantaron, con sentimiento,
en casa de mis mayores.
Bien recuerdo, en ese tiempo,
yo era un niño todavía,
ignoraba su sentido,
mas prendió su melodía.
Su armonía que era efluvio
de un ensueño de belleza,
impregnado de alegría
con ribetes de tristeza.*

*Hoy recuerdo esa armonía
en la playa de este mar
y las olas me repiten
que jamás la he de olvidar,
porque esta vieja tonada
habla del tiempo que fue
y al remover los recuerdos
como que aumenta la fe;
como que aviva una llama
de esperanza y buen amor;
como que oyendo sus notas
se amortigua hasta el dolor.
Vieja canción que escuché
cuando mis padres vivían...
ellos al fin se marcharon...
si existieran ¿qué dirían?*

*Tal vez conmigo dijeran
que el alma de esa tonada
nos cautiva el sentimiento
porque está en amor forjada,
porque habla de almas que amaron
junto a una roca del mar...
de una pareja dichosa...
de un camino... y de un altar!
Canción vieja que el recuerdo
prendió en mis labios un día,
si te evoco nunca olvidó
tu sabor de lejanía;
tu nostalgia del pasado,
tu tristeza del momento
y el ensueño fulgurante
de tu noble pensamiento.*

J. J. SALAS PÉREZ

Barranca, Costa Rica, 1942



C. G. E. S. A.

Compañía General Editora, S. A.

(Apartado 8626. México, D. F. México)

Algunas de sus ediciones:

Mark Twain: La celebrada rana saltarina. \$ 0.75.

Dr. Cristián Cortés Llado: La insuficiencia cardíaca.

En rústica: \$ 3.00.

En pasta: \$ 5.00.

J. Schlumberger: La paternidad inquieta: Trad. de José Carner.

En rústica: \$ 1.50.

En pasta: \$ 3.00.

Longo: Dafnis y Cloe. Traducción de Juan Valera.

En rústica: \$ 2.00.

En pasta: \$ 3.00.

A. T. A. Hoffman: La olla de oro. Traducción directa del alemán. Por María Teresa Pujol y L. Ferrán de Pol.

En rústica: \$ 1.50.

En pasta: \$ 3.00.

Dr. M. Ruiz Castañeda: Profilaxis específica del tifo exantemático.

En rústica: \$ 3.00.

En pasta: \$ 5.00.

Laura, por el Conde Alfred de Vigny.

En rústica \$ 1.75

En pasta \$ 3.50

Ricardo Palma: La monja de la llave

En rústica \$ 2.00

En pasta \$ 3.50

La insuficiencia cardíaca. Por el Dr. Cristián Cortés Llado.

En rústica \$ 3.00

En pasta \$ 5.00

Tirso de Molina: Los tres maridos burlados

\$ 0.75

H. Heine: El rabino de Bacharach

\$ 0.75

Con el Admor. del Rep. Amer.

Calcule el dólar a \$ 5.00.

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Una mujer

(En el Rep. Amer.)

La mayoría de los establecimientos, así como las casas de las gentes acomodadas, estaban frente a la carretera que, pasando por el centro del pueblo, comunicaba con lugares lejanos. Hacía mucho tiempo que los veraneantes que habían venido de las ciudades comerciales de la planicie, acompañados por las guitarras de las gentes del lugar, habían cantado, paseándose por el camino en las noches de luna llena, cuando no era necesaria la luz de los faroles para ver a distancia.

Casi siempre habían llegado los paseantes hasta la colina cercana, donde estaba la enorme casa, cerrada desde mucho tiempo atrás.

La dueña, Alicia, huérfana desde niña, había sido enviada a la capital a vivir con sus tíos.

A su regreso, sus costumbres de habitante de gran ciudad chocaron desde el primer momento con la pacífica hipocresía del campo.

Ya a los pocos meses de su vida en el pueblo, las gentes comenzaron a murmurar. No iba mucho a la iglesia; en su casa se bailaba en ocasiones hasta muy tarde; tenía muchas amistades desconocidas para las gentes de la localidad.

Ella se enteró. Por mucho tiempo trató de hacer que las personas se dieran cuenta de que no era mala; de que su educación la había hecho pensar en otra forma; de que sus amigos eran nada más que amigos. Mucho tiempo estuvo en esfuerzos para ser comprendida.

Pero en vano.

Los pocos que antes la saludaban, se hacían los desentendidos y cada vez se hacía más incómoda su situación.

Por fin se cansó. No era posible convencer a nadie. Y ya que de ella se hablaría constantemente, con o sin razón, lo mejor era gozar del pecado.

Desde otro planeta, la iglesia parecería una enorme célula que, mediante tropismos positivos, atrae grandes cantidades de celulitas agrupadas. Algo así como una enorme amiba a la cual llegan elementos monocelulares y por su oscura boca se introducen en la interrogación del protoplasma, para ser vomitados al cabo de un rato.

De cerca, al entrar en la iglesia, muchas personas no dejaron de impresionarse por el ambiente, que trae casi siempre a la memoria algún grabado medieval en un libro de texto del colegio.

Tal vez alguno trató de pensar en el árbol que un día fué derribado en el bosque. A ese árbol derri-

bado, el metal privó de su protección epitelial y puso al descubierto la plasticidad concéntrica de su cilindro. La gubia trazó surcos caprichosos hasta obtener la representación llena de poros de una figura humana. Luego, corteza y epidermis primitivas fueron sustituidas por capas de yeso y pintura.

Unas personas se arrodillaron ante los troncos.

Otras se dedicaron a observar. Vieron los raros dibujos siempre complementarios de los mosaicos; la distribución de las imágenes; las columnas; las encendidas velas de cebo.

La luz exterior los invitó a contemplar la perspectiva ojival de una existencia lejana de nubes. A través de esas nubes pasó, perdiendo algunas radiaciones, la luz del sol, iluminando luego a las personas que apresuradamente se dirigían ese día a la iglesia, temiendo llegar tarde a la boda.

—La había amado Jorge— decían las gentes— desde el regreso de ella al pueblo.

Cuando las murmuraciones crecieron, la amistad creció y un tiempo después el matrimonio fué anunciado.

Recuerdo bien que en esos días llegaba yo a veranear en el lugar. No fuí a la ceremonia porque no conocía a nadie, pero más tarde supe que, en el momento en que el sacerdote iba a bendecir la unión, el joven se había marchado.

Por las tardes, cuando los rayos del sol perdían algo de su fuerza, yo salía al jardín y me pasaba las horas sentado, leyendo y contemplando las flores.

Jorge pasaba a menudo. Saludaba siempre y poco a poco nos fuimos haciendo amigos.

Una vez me contó la aventura.

—Yo—me dijo— deseaba a la muchacha y la deseo aún. La llegué a desear más cuando la gente dijo que era mala. Con toda inteligencia traté de lograr mi objeto, pero no fué posible. Yo creo que era buena.

Pero mi deseo no era satisfecho. Al fin decidí pedirle que se casara conmigo. Ella accedió.

Desde que tuve la seguridad de poseerla, me sentí triste. Muchas veces me desperté en la noche y ya no pronunciaban mis labios calenturientos el nombre de ella. Pronto habría de ser mía.

A menudo, cuando salgo a pasear tarde en la noche, me pongo a ver las casas; algunas están a oscuras, otras dejan escapar una luz



(Madera de Laporte)

que permite ver algo en su interior. Me gustan las casas a oscuras y así me sucede con la gente. Mientras menos luz dejemos escapar, más posibilidades tendremos de vivir dentro de nosotros mismos, en la noche de todos. El día de la boda, mientras el sacerdote pronunciaba latines, yo llegué a la conclusión de que no debía poseer a esa mujer jamás. Yo debía deseársela eternamente. Por eso es que salí huyendo de la iglesia.

Yo he referido a mis parientes la historia de mi amigo y les he hablado del pueblo. Les he dicho que a mí me parecía lógica su actitud. Que los ideales deben estar siempre muy lejanos para que no

exista la posibilidad de alcanzarlos o de perderlos.

Ellos han estado de acuerdo conmigo.

Solamente mi primo, de siete años, no opina como los demás. Me ha dicho que nunca he salido de mi casa en la capital.

Posiblemente está loco. En la familia se han presentado varios casos. Opina de acuerdo con mi manera de pensar, pues se lo he dicho, el joven que todas las tardes anuda a mis espaldas las mangas de una camisa rusa muy larga, que me regaló mi gran amigo el médico director del manicomio.

ROBERTO FERNÁNDEZ DURÁN
Costa Rica, mayo del 42.

Era verdad, porque . . .

(Viene de la pág. 174)

Cuando lo llevaron no era loco; era sencillamente un despojado que se hacía personalmente justicia, porque no había quién lo defendiera de las garras del ladrón.

Deme permiso de explicar: si don Benito deja que fuera a la cárcel Toribio, salva al reo el Jurado, porque el Jurado habría sentido la misma indignación contra el Usurero, muy conocido en toda la ciudad y sus contornos. Sabía esto muy bien don Benito y encontró fácil condenar sin escándalo, para toda la vida, a su agresor. De la cárcel hubiera salido; nunca saldrá del manicomio.

En la muy católica ciudad de Santa Tecla sigue viviendo y rezando don Benito, y comulgando los domingos, y yendo a procesión bajo el palio sagrado. El negocio marcha. Los tugurios le dan a él dinero; al hospital tuberculosos. Las hipotecas no rinden menos, y no faltan Aurelias que le dejen por cien pesos los solares de seiscientos.

Y no hay quien le dé otro leñazo al usurero, porque ya se sabe: a la cárcel no; al manicomio va, aunque goce de perfecta salud mental.

FRANCISCO LUARCA.

San José, Costa Rica, 10 de mayo de 1939.